

CONTRAPARTE Y AM PRODUCTION INC.

PRESENTAN

VAMOS A CONTAR MENTIRAS

Original de Alfonso Paso

Ediciones ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO

JUNIO 2012

CENTRO DE BELLAS ARTES LUIS A. FERRE

Esta obra se estrenó en el Teatro Infanta Beatriz de Madrid,

el 28 de octubre de 1961

REPARTO

(Por orden de aparición)

Julia.....	Mayra
Elisa.....	Magaly
Lorenzo.....	Junior
Carlos.....	Rene
Juan.....	Quino
Bermés.....	Borge
Rosa.....	Sara Pastor
Un hombre.....	Jimmy

Acción: En una colonia de chalets situada a las afueras de San Juan en el chalet del matrimonio Poveda.

Epoca: una Nochebuena de nuestros tiempos

Lados: los del director de escena.

Escenografía:

Dirección:

2 muni
Madrid
Vinsung

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Carlos y Julia Poveda. Trátase de una gran habitación, espaciosa, decorada y puesta con excelente buen gusto. Es la pieza noble de la casa, un chalet situado en un barrio residencial de las afueras de la ciudad. En el foro hay un gran ventanal practicable, que comunica directamente el salon con un jardín ingles. Hacia la derecha, también en el foro, la puerta de acceso, dotada de cerradura y cerrojo de resbalón. Puertas a derecha e izquierda. Esta última abre paso al resto de las habitaciones. La primera comunica directamente con un dormitorio. Una chimenea. Sofá, una butaquita, una pequeña mesa con bebidas. Un biombo. Teléfono. Componente de música. En las paredes, buenos cuadros, cortinas de excelente gusto en el ventanal. Son las ocho y media de un 24 de diciembre de nuestros tiempos. En el foro, en el lugar adecuado, hay un bonito árbol de navidad poblado de lucecitas multicolores.

(Elisa, una doncella. Tiene veinticinco años, es delgada, de pequeña estatura y músculos flexible. Julia es una mujer de singular encanto y especial elegancia. Viste soberbiamente, un atavío de gala y se adorna con unas joyas magníficas. Al subir el telón la sala está vacía. Entra Julia y toca una campanita para llamar el servicio. Entra Elisa.)

ELISA: ¿Llamó la señora?

JULIA: Sí. Puede si quiere ver television en la sala.

ELISA: Prefiero acostarme, señora. De verdad.

JULIA: ¡Es una pena que no tenga usted familiares, ni novio ni cosa por el estilo! Ya sabe que las mujeres que no tienen novio tienen una “cosa por el estilo”.

ELISA: Sí, lo he oído.

JULIA: Si tuviera usted alguna amiga podría pasar la Nochebuena con ella. Me da lástima que coma sola y se acueste.

ELISA: No se preocupe por mí, señora. Como estoy recién llegada a San Juan no conozco a nadie, pero le aseguro que no me importa.

JULIA: Mi marido está muy contento con usted, en el mejor sentido de la palabra. Me dijo que en las dos semanas que lleva aquí ha demostrado unas ganas de... de... ¿cómo se dice eso que no le gusta a los puertorriqueños?

ELISA: Trabajar.

(La luz tiembla. Baja de intensidad)

JULIA: Vaya, se fue la luz.

(La luz sube gradualmente)

ELISA: No se preocupe. No llega a apagarse del todo.

(La luz baja)

JULIA: ¿Usted cree?

ELISA: Siempre ocurre cuando llueve y si viene un huracán la quitan 24 horas antes. ¿Por qué? Ah, eso nadie lo sabe. *(La luz sube)* ¿Se fija? Ya la tiene como Dios manda y la AEE quiere. ¿Alguna otra cosa que se le ofrezca?

JULIA: Ah, una cosa. Si llamara la señora de Pérez Bueno, le dice usted que nos hemos ido a cenar al Hotel Caribe Hilton.

ELISA: Pero el señor me dijo que era al Green House.

JULIA: Es correcto, pero usted le dice el Caribe Hilton.

ELISA: ¿Le puedo hacer una pregunta?

JULIA: Claro, Elisa.

ELISA: ¿Y para ir al Green House usted se viste así?

JULIA: Bueno, es Nochebuena y yo soy de las que pienso "antes muerta que sencilla." ¿Cómo me veo?

ELISA: Muy elegante, señora. Pero...

JULIA: ¿Qué?

ELISA: ¿Son buenas esas joyas?

JULIA: Eso dice mi marido.

ELISA: ¿Y no teme que se las roben? Ya sabe como están las cosas en la calle.

JULIA: Pues bien pensado, tiene razón Elisa. ¡El año pasado, con tanto pito y tanto pisotón, le quitaron a mi marido una pulsera de brillantes! Digo que a mi marido porque me tuvo que comprar otra.

ELISA: Ay señora, no tiente al diablo ...mire que el pillo está choreto. ¿Me necesita para algo más?

JULIA: No. Puede retirarse. Feliz Nochebuena, Elisa.

ELISA: Feliz Nochebuena, señora.

(Elisa desaparece por la izquierda. Julia ha marcado un número en el teléfono. Inopinadamente, empieza a hablar con una voz entrecortada y sollozante.)

JULIA: Feliz Nochebuena, mama. Muy contenta, mamá. *(Sollozando.)* todo perfecto *(Se reporta)* ¿Carlos? Vendrá ahora. Nos vamos a comer a San Juan al Caribe Hilton. Qué se yo, porque le recordará algo. No mamá. No la ha dejado. Sigue con la rubia platino. Sí, Dolores. Se llama Dolores. Bueno, yo te diría Mercedes por no darte disgusto, pero es Dolores. Si, tiene madre. Sí y tú. Ya lo se. Pero ellas tienen una madre especial. Ayer le dió un cheque de cincuenta mil dólares. Y le ha comprado lavadora, nevera y un plasma. Y lo peor es que Dolores tiene novio. Anda con una cuchilla detrás de Carlos y me temo lo peor. ¡No, no, que lo mate! Lo ha visto Lorenzo, un amigo suyo, y ha tenido la poca verguenza de subirlo al piso de la tipa. Lorenzo me lo ha contado todo. Sí. No, tu no te metas en nada. Yo veré como lo arreglo. Feliz Nochebuena, mama. Que lo pasen bien. Si quieres algo no tienes más que llamarme al celular. Adiós, mamaíta.

(Cuelga. Mira sobre la mesa. Luego dirige su Mirada a la butaca. Comprueba algo para su interior. Hace mutis por la derecha. La puerta del foro se abre. Entran Carlos, buen tipo, simpatico, y Lorenzo, de parecida edad, con aspecto de ingenuo e infeliz. Visten de smoking.)

LORENZO: Alguien te lo podrá hacer, Carlos. No te pongas así.

CARLOS: ¿Alguien? ¡Como si fuera tan fácil arreglar el sistema electrico de un carro! Y para colmo, el hígado me duele. *(Toma el teléfono. Marca un número.)*

LORENZO: Pero podías haberte dado cuenta.

CARLOS: Anoche funcionaba. Al dejarlo en el garaje ya note que algo no funcionaba bien, pero estaba demasiado oscuro para ponerme a mirar el motor. *(Cuelga)* Nadie. Vete a decirle a alguien que te arregle un auto en Nochebuena. Todo cerrado, todo el mundo de fiesta,

LORENZO: Puedes llamar un taxi.

CARLOS: ¿Un taxi en Nochebuena..?

LORENZO: Total, que no podemos salir de la casa.

CARLOS: Mucho me temo que no y el caso es que no se ha preparado nada de comer.

LORENZO: Puedo llamar a Luisita.

CARLOS: ¿A tu novia?

LORENZO: Como ellos no salen es posible que el padre nos preste el auto.

CARLOS: Es una buena idea. ¡Anda! *(Le da el teléfono.)*

LORENZO: *(Marcando) 787-2 (A Carlos) ¿Cuándo fue la Guerra de la Independencia en España?*

CARLOS: En 1808.

LORENZO: *(Marcando.) Al revés las dos últimas. 80. (A Carlos) ¿Y la Revolución Francesa?*

CARLOS: En 1798.

LORENZO: Al revés las tres últimas. *(Marca) 897. (A Carlos) Los mosqueteros esos de Dumas, ¿ cuántos eran?*

CARLOS: *(Estupefacto) Tres.*

LORENZO: Tres. *(A Carlos) Gracias.*

CARLOS: Oye, no me digas que tienes que hacer todo eso para marcar un teléfono.

LORENZO: Es que como tengo tan mala memoria, me ayudo como puedo.

CARLOS: Y eso que eres ingeniero.

LORENZO: Los ingenieros no entendemos de numeros, Carlos. Ya te lo he dicho. Y al ponerme el smoking se me quedó el celular en el traje gris. Ya sabes que me lo olvido todo. Acuérdate cuando fui al podiatra y salí a la calle descalzo. ... *(Al teléfono) ¿Luisita?... De parte de... ¡Ah, eres tu!*

Soy Lorenzo. ¿Qué tal esa cena en familia? ¿La están preparando ya, eh? Oye cielo... tu padre... *(Pausa)* Siempre te llamo cielo. Pues no sé, es la costumbre. Los americanos dicen darling. Verás, estoy en casa de Carlos... *(Pausa)* ¿Quién? ¿Una sueca? Hildegard. ¿Campeona de natación? Ya. ¿Que por qué no la llamo cielo a ella? ¿A dónde me la he llevado? ¿A Disney? Luisita... si... Que no conozco a ninguna sueca, caray. Yo... darle un beso yo a una mujer... ¡Luisita, por la Virgen! No te pongas así. ¿Me han visto? ¿Quién? ¡Carlos! *(Tapa el micro.)* Carlos, ¿tu me has visto con una sueca?

CARLOS: No.

LORENZO: *(Al teléfono)* ¿No te habrán dicho que me vieron con una tuerca? Como soy ingeniero... ¡Oye... escúchame! No, no hemos terminado. ¡Oye! ¡Oye! *(A Carlos)* Colgó.

CARLOS: Déjame. *(Toma el teléfono)*

LORENZO: La Guerra de la Independencia...

CARLOS: Me lo sé de memoria. ¡Cualquiera se olvida de ese número! Con el examen de historia que has hecho para recordarlo. *(Ha marcado un número)* Ocupado. Debe haberlo descolgado. *(Cuelga.)*

LORENZO: ¿Qué hago?

CARLOS: Pues esperar. Sabe donde estás, ya mismo te llama. O si no, siempre podrás llamarla tu, no va a pasarse incomunicada toda la noche.

LORENZO: ¿Qué le has dicho, Carlos?

CARLOS: ¿Yo?

LORENZO: Cuando te bebes tres whiskys, empiezas a soltar la lengua.

CARLOS: Pero siempre digo verdades. Y no me hables de bebidas, que me he pasado toda la mañana con unas punzadas en el hígado.

LORENZO: ¿Qué has hecho, Carlos? ¿que nueva broma me has gastado?

CARLOS: Lorenzo, te juro por lo más santo que no he dicho nada de eso.

LORENZO: Pues ella asegura que tu me has visto besar una sueca.

CARLOS: ¡Y dale! Eso es una mentira. Además, aunque te hubiera visto, esas cosas no se cuentan.

LORENZO: Pero, ¿de dónde ha sacado que se llama Hildegard y que es campeona de natación?

CARLOS: *(Suena el teléfono)* ¿Ves? ¿Qué te decía yo? Ahora llama para aclararlo todo. Cosas de mujeres. *(Le detiene)* No. Déjame a mí. Verás que pronto lo arreglo. *(Toma el teléfono.)* Luisita... me alegro de que hayas decidido llamar. Me parece... *(Pausa)* ¡Ah! Es usted, suegra querida, o mejor dicho, MAMA. Sí, sí. No. Una señorita novia de un amigo mío... sí, que han peleado. Dígame. ¿Que ya sabe usted que estoy con dolores? Pues sí. Pues claro que lo reconozco, pero no se preocupe usted que no es nada importante. ¡Esas cosas pasan! Ya sabe que para estas fechas siempre se cometen excesos. Pero he consultado con el médico y me ha dicho que moderándome no hay cuidado. ¿Caradura? ¿Quién? Oiga, señora... ¡Que sí, caramba, que estoy con dolores! Hace una semana con más intensidad, pero es de

toda la vida. Tomo Zantax y se me pasa. ¡Que no la entiendo! Pero, ¿por qué me va a dar vergüenza? Hay miles de personas a las que les duele el hígado y no lo ocultan. Pues claro que me refería a esos dolores. ¿Quién? ¿Dolores con nevera? ¿Una mujer... yo? Cincuenta mil dólares. Señora, ¡para darle a una mujer cincuenta mil dólares tiene que ser Angelina Jolie! ¡Todo es una calumnia asquerosa! ¿Quién lo ha contado? ¡Lorenzo! ¿Que ha subido al apartamento de Dolores? *(Tapa el micro.)* ¿Tú has subido al apartamento de Dolores?

LORENZO: ¿Pero qué Dolores?

CARLOS: *(Al teléfono)* Señora, hable claro. ¡No llore! ¡No llore! ¡Señora! Escuche... *(Han colgado)* ¡Maldita sea! *(Cuelga él)*.

LORENZO: No te molestes en llamar porque estará ocupado.

CARLOS: Lorenzo, ven acá.

LORENZO: Sin violencias.

CARLOS: ¿Tú me has acompañado al apartamento de alguna mujer?

LORENZO: Nunca.

CARLOS: ¿Tú me has visto con alguna movida?

LORENZO: ¿Tú me has visto a mí con la sueca?

CARLOS: Contesta.

LORENZO: Pero, ¿qué quieres que te conteste? No. No te he visto. Que yo sepa eres el marido mas fiel que conozco y yo, el novio mas constante que pueda existir.

CARLOS: *(Se acerca la butaca y golpea en el brazo)* Y lo malo es que hay que perder un día en aclararlo todo. *(Toma unos pantalones con los tirantes abotonados que hay en la butaca.)* Y quisiera yo saber de quién son estos pantalones.

LORENZO: Tuyo.

CARLOS: ¿Míos? En la vida he usado tirantes. En absoluto, no tengo ningún traje de ese color.

LORENZO: ¿Y qué hacen ahí?

CARLOS: Pues no lo sé.

LORENZO: ¿Por qué no llamas a la empleada y le preguntas?

CARLOS: ¿Elisa? Es una muchacha muy seria y muy formal? Lo más sencillo es registrarlos. *(Busca en los bolsillos.)* Nada. Nada. *(Del bolsillo posterior saca una carta.)* Una carta. *(Comienza a leerla.)* Julia de mi vida. *(Mira a Lorenzo. Continúa con la voz quebrada.)* Hoy más que nunca se que el imbecil de tu marido no te comprende. Que no te merece y que debes dejarlo definitivamente.

LORENZO: *(Casi sin voz.)* ¡Caray con los pantalones!

CARLOS: *(Leyendo.)* Cada vez me desagrada más esta clandestinidad a que nos vemos obligados. Cada vez me molesta más esconderme debajo de la

cama o tener que salir corriendo de improvisto porque él viene.
Prométeme que para Año Nuevo estaremos juntos. Yo voy a dejarlo todo, déjalo todo tu también. No temas dejarle. El se consuela bien con esa rubia repugnante, esa Dolores con la que se gasta el dinero a manos llenas. Ya no le perteneces. Un beso muy fuerte de tu (*Pausa.*) Lorenzo. (*Mira a Lorenzo que le sonrío tímidamente como un conejo que acaba de comer una zanahoria. Pausa.*) ¿Y bien?

LORENZO: Oye, Carlos, no pensarás que yo... es una monstruosidad espantosa. Esa no es mi letra.

CARLOS: Está escrita en computadora.

LORENZO: Pore so digo que esa no es mi letra.

CARLOS: Lorenzo...

LORENZO: En todo caso no pensarás que yo voy a dejar los pantalones en cualquier sitio sin darme cuenta.

CARLOS: Pienso que te dejaste los zapatos en casa del podiatra.

LORENZO: Hay diferencias notables entre lo que cubren unos zapatos y lo que cubren unos pantalones, te lo aseguro.

CARLOS: Abrete la chaqueta.

LORENZO: Pero, Carlos ...

CARLOS: ¡Abrete la chaqueta! (*Lorenzo obedece. Muestra un par de tirantes de smoking.*) Lo que pensaba. Usas tirantes. Y te dejaste el celular en otro traje.

LORENZO: Sí.

CARLOS: El traje gris.

LORENZO: Precisamente.

CARLOS. Precisamente. (*Y le enseña los pantalones que son grises y talla grande.*)

LORENZO: ¡No querrás que me los pruebe!

CARLOS: Ahí dentro. (*Señala la izquierda y le tiende los pantalones que Lorenzo coge con su pobre sonrisilla de siempre.*)

LORENZO: ¿Pero tu me crees capaz de...?

CARLOS: No tardes.

LORENZO: Pero...

CARLOS: No tardes.

LORENZO: No vez que éste no es mi size.

CARLOS: ¡Ya está bien! (*El teléfono suena. Lo toma Carlos.*) Sí, sí. Casa de los señores de Poveda. ¿De parte de quién? (*Una pausa.*) De Lorenzo. Aguarde usted un momento. (*Deja el teléfono, da un paso y de pronto cae en cuenta. Toma el teléfono de nuevo.*) ¿Ha dicho usted

Lorenzo? Sí, sí. Que me de prisa porque casi no tiene batería el celular. Desde luego que la llamo. *(Deja el teléfono.)*

CARLOS: *(Va por la izquierda. Entreabre la puerta.)* ¡Julia! ¡Julia! ¡Date prisa!
(Cierra la puerta. Cruza hacia la derecha.) ¡Julia! ¿Dónde estás?

(Julia aparece por fin por la derecha. Se ha despojado de sus joyas.)

JULIA: ¿Me llamabas?

CARLOS: Sí. Preguntan por ti. Por teléfono. Un tal Lorenzo.

(Cierta turbación en Julia. Avanza. Saluda a Lorenzo.)

JULIA: Hola, Lorenzo. *(Toma el teléfono. En el mismo tono.)* Hola, Lorenzo. Sí, sí. Ya lo se. *(Intensidad en la voz.)* No es posible, Lorenzo. El hogar debe estar por encima de todo. Algún día, tal vez. ¿Aquí? ¿Que te has dejado aquí qué? Pues así, a simple vista ... *(Carlos le arrebató el teléfono.)*

CARLOS: Venga a buscarlos porque los tengo yo. Sí, en la mano.

JULIA: ¡Dios mío!

CARLOS: *(Cuelga. Se vuelve a Julia.)* ¿Qué significa esto?

JULIA: *(Hurtándole la mirada.)* Es muy largo de contar.

CARLOS: ¿Quién es ese tipo?

JULIA: Está Lorenzo delante.

CARLOS: Pues se va.

LORENZO: ¡Que no tengo donde ir a comer!

CARLOS: ¡Habla, Julia!

JULIA: Un hombre se ha enamorado de mí, eso es todo. De ahí no pasaron las cosas.

CARLOS: *(Señalando los pantalones.)* ¿Y eso?

JULIA: *(Muy en tono de comedia)* Un olvido lamentable.

CARLOS: ¿Un olvido lamentable? ¿Y esta carta?

(Se la da. Julia la lee por encima. La besa suavemente y la rompe.)

JULIA: Si esto es lo que te preocupa quiero decirte que estoy decidida a terminar. Este árbol de Navidad significa muchas cosas. El hogar, la calma familiar, el deber... No me culpes. Fui un poco débil. *(Enciende un cigarillo con mano temblorosa. Tono dramático.)* Este año cuando no quisiste ir conmigo a New York de vacaciones, él apareció como un príncipe encantado. Le perseguía la Policía por Times Square por un delito que no había cometido. Le oculté debajo del abrigo en aquella multitud, todo aquello era demasiado para una pobre mujer. No pude evitarlo. En Times Square, aprovechando la confusión que se produjo cuando le pusieron la zancadilla a una vieja... me besó. Es mejor que lo sepas. Luego... *(Se cubre el rostro con las manos.)* ¡Dios mío! No me obligues a contarte todo.

CARLOS: No necesito oír más. Buenas noches. *(Se dirige hacia el foro)*

JULIA: No irás a marcharte.

CARLOS: ¡Claro que sí! Ahora mismo.

JULIA: Pero es Nochebuena.

CARLOS: Por eso. ¡Buenas Noches! *(Abre la puerta del foro.)*

JULIA: Espera, Carlos.

CARLOS: No hay nada que esperar.

JULIA: Es mentira.

CARLOS: ¿Qué?

JULIA: Todo lo que he dicho. Es mentira.

CARLOS: Pero...

JULIA: *(Rabiosa.)* Sí, mentira. Como cuando te dije que había sido novelista antes de casarnos, o que me mandaba flores un tipo misterioso y me las mandaba yo misma. ¡Mentira!

LORENZO: ¡Virgen Santa!

JULIA: Nueva York se redujo a pasear por el Barrio Chino. Esos pantalones los compré yo. La carta la escribí en casa de mi prima Isabel, en su computadora.

CARLOS: ¿Y el tipo que ha llamado por teléfono?

JULIA: Es Clemente, el novio de Isabel. Le rogué que lo hiciera. Mi prima lo convenció.

LORENZO: Oye.... ¿No habrás sido tú... ?

CARLOS: Espera. Tu has hablado con Luisita... ¿verdad? *(Julia asiente.)* Y le has dicho que yo ví a este infeliz con una sueca campeona de natación en Disney. *(Julia asiente.)* Y me has inventado una amante que se llama Dolores Infante delante de tu madre y has afirmado que Lorenzo te lo contó todo y que ha subido al piso de la tal Dolores. *(Julia asiente.)* ¿Pero , por qué?

JULIA: *(Tras una pausa.)* Por decir algo.

LORENZO: ¿Y por qué no dices eso de “a un panal de rica miel cien mil moscas acudieron...”?

CARLOS: No lo tomes a broma. Es más grave de lo que parece. Voy a llevarla al medico.

JULIA: ¡No!

CARLOS: Sí. ¡No sabe otra cosa que decir! Todo en ella es una mentira. En cuanto abres la boca es para soltar una falsedad.

JULIA: Carlos, por favor...

CARLOS: Todas tus mentiras están tan bien armadas, que a veces hasta yo mismo caigo como un pendejo.

JULIA: Verás... es que...

CARLOS: ¿Por qué le has puesto Lorenzo de nombre a ese amante imaginario? ¿Me equivoco mucho o fue porque pensaste que yo podría sospechar de este pobre infeliz? ¡Habla!

JULIA: Pensé que así se enredaba un poquito más la cosa y había posibilidad de un ratito mayor de incertidumbre.

CARLOS: Pero lo que no pensaste es que yo pudiera perder la cabeza y matarlo.

JULIA: Matarlo, no. Pero un golpecito...

LORENZO: ¡Vaya, qué bien!

JULIA: No te enojés. Si pudiera explicar.

CARLOS: ¿Qué tienes que explicar? "Por decir algo", Luisita le ha colgado el teléfono a éste. "Por decir algo", tu madre se ha echado a llorar y me ha llamado huevón. "Por decir algo", hemos peleado con el Delegado Cultural de las Naciones Unidas.

JULIA: Eso no fue por decir algo.

CARLOS: Fue por decir que yo era un espía ruso. Espía ruso yo, con esta cara de Barrio Obrero que tengo.

JULIA: ¡Carlos! Mi amor.

CARLOS: *(Frenético)* ¡Embuste! ¡Mentira! ¡Embrollos increíbles! ¡Lo más fantástico! Eso es lo que sale de tu boca. ¡Así tres años, Señor! Tres años de casados, tres años preguntándome en la farmacia si ya estaba mejor de mi sonambulismo, porque esta loca les había dicho que yo era sonámbulo. Tres años felicitándome el dueño del garaje, porque esta insensata le había dicho que encontraba siempre sitio para estacionarme en Bayamón.

LORENZO: Bueno, Carlos. No te pongas así.

CARLOS: Si hay algo que odio con mis cinco sentidos, por muy puertorriqueño que sea, es la mentira. Pues me tocó la loto.

LORENZO: *(Abriendo los brazos.)* Felicidades, hermano.

CARLOS: ¿Por qué?

LORENZO: Por la loto.

CARLOS: Es una forma de hablar.

LORENZO: Como salió ayer con 120 millones.

CARLOS: *(Rabioso.)* De hoy en adelante no pienso creerte una sola palabra, Julia. Ni una sola palabra.

JULIA: No, eso no.

CARLOS: Y mañana te pongo la demanda de divorcio.

JULIA: Yo sé que estoy mal, Carlos, pero no sé lo que sería de mí si no mintiera. Tu estás en tu oficina, con tus libros y tus pleitos. Esos asesinos o señores buscan tu ayuda legal. Charlas, te interesas por algo. Te suceden cosas. A mí no me ocurre nada. Y a veces es desesperante. La otra empleada al menos era más habladora, más expresiva. Esta es tan decente... y las personas decentes o tienen poco que contar o se lo callan.

CARLOS: En resumen, mientes porque te aburres y nos jodes la vida a todo el mundo.

JULIA: No es eso exactamente.

LORENZO: Carlos, a lo que tiene tu mujer se le llama concepto dramático de la existencia, lo leí el otro día. Se busca el elemento dramático y se pelea.

CARLOS: Tres años de mentiras son suficientes, esto se acabó.

JULIA: Carlos, ¿si yo te prometo..., si te juro por lo que me pidas que no voy a mentir más?

CARLOS: No te creo. *(Cae sentado en el sofa.)*

JULIA: *(Acudiendo a él.)* Yo te lo prometo..., Carlos. Te lo juro por nosotros. Por favor, mírame a lo ojos. ...Te aseguro que solo diré la verdad por encima de todo, que no desfiguraré la realidad para nada y que jamás, en lo más pequeño o en lo más grande, me podrás encontrar una mentira.

LORENZO: Yo creo, Carlos...

CARLOS: ¡Cállate! *(A Julia.)* Te concedo esta oportunidad. Piensa bien que es la última. La próxima mentira tuya no me quedará aquí... ¿lo entiendes?

JULIA: Carlos, te lo suplico.

CARLOS: Ni una mentira más, de acuerdo.

LORENZO: Esto amerita un trago, ¿qué les parece?

JULIA: Yo los sirvo. ¿Qué quieres, mi amor?

CARLOS: Un whisky.

JULIA: ¿Del bueno o del que le damos a las visitas?

(Carlos la mira consternado.)

CARLOS: Whisky ... quiero decir whisky y nada más.

JULIA: Sí, Carlos. *(Toma una botella. Carlos le advierte suavemente.)*

CARLOS: Del otro.

JULIA: Como tu mandes. *(Le sirve de otra botella.)*

CARLOS: Ah, por cierto, no podemos ir al Green House. Se dañó el auto.
¿Quieres whisky, Lorenzo?

LORENZO: Bueno.

JULIA: ¿De cuál?

CARLOS: Y dale...

JULIA: Como dices que Lorenzo es tonto y se bebe lo que le pongan.

CARLOS: Oye...

JULIA: Juro por mi padre que eso has dicho y no estoy mintiendo.

CARLOS: ¿A qué viene so ahora?

JULIA: Lo has dicho.

CARLOS: Sí. ¡Diablos! Pero no quería decir que éste era tonto... sino que era
cándido, ingenuo, buen chico, excelente persona, un soñador...

LORENZO: Director de un banco, campeón de golf...

CARLOS: Tú me entiendes, Lorenzo. Te llamé tonto con la mejor intención,
(*Furioso,*) ¡Y dale whisky! (*Julia toma una botella.*) De la otra.

JULIA: Sí, Carlos. (*Sirve un whisky.*)

CARLOS: Es prácticamente imposible alquilar un auto a esta hora, y muy tarde para empezar a cocinar.

LORENZO: Luisita, tal vez, si hacemos las paces, nos podría dar un poquito de lechón,

JULIA: Pero Luisita es una avara. (*maceta*)

LORENZO: Oye...

JULIA: Lo dice éste.

CARLOS: (*Colorado.*) ¿Yo? ¿Que yo digo?

JULIA: Lo juro por nuestro amor, y que me quede muerta aquí si no es verdad.

CARLOS: Bueno, digo avara, pero dándole un matiz... ¿Comprendes, Lorenzo?
Al decir avara, quiero decir...

LORENZO: Generosa, desprendida.

CARLOS: Quiero decir demasiado cuidadosa en la economía. Todo es cuestión de matiz, de cómo se pronuncie... ¡Caray, Julia! Dí la verdad cuando te pregunten. .. ¡Y basta ya! (*Bebe un trago de whisky.*) Bueno, no

tenemos más remedio que improvisar una cena de Nochebuena aquí.

JULIA: Si quieres, despierto a la empleada.

CARLOS: Deja en paz a la chica. No es necesario que nos sirva nadie. ¿Tenemos pasteles? ¿Turrón, algo?

JULIA: No. Pero le puedo pedir a la vecina. Me ofreció esta tarde pasteles y arroz con dulce.

CARLOS: Estaba pensando... Alvarez cierra tarde. Aún nos da tiempo de comprar unos pollos al BBQ y algunas cosas más. ¿Tenemos champán?

JULIA: Uno bien malo.

CARLOS: He preguntado simplemente si tenemos champán.

JULIA: Tenemos cuatro botellas.

CARLOS: Da y sobra. *(A Lorenzo, que está mirando al trasluz el vaso en que bebe)* ¿Qué te ocurre ahora?

LORENZO: La de vino blanco con agua de colonia que has dado cada vez que me decías: "Bébetete un whisky."

CARLOS: No digas tonterías. Yo jamás haría eso contigo. *(A Julia.)* ¿Verdad, Julia?

JULIA: No.

CARLOS: Oye...

JULIA: ¡No has dicho la verdad! Tú nunca sirves del bueno, porque el whisky bueno es solo para tí.

CARLOS: *(Furioso.)* ¡Es suficiente!

JULIA: Pero, Carlos, tengo terror de decir una mentira. Puedes coger la puerta y marcharte. Me lo has asegurado.

CARLOS: No exageres.

JULIA: Te juro que me lo has asegurado.

CARLOS: Digo que no exageres la verdad. Hay una verdad social, para tratarse, para vivir... una verdad normal. Esa es la que tienes que utilizar. Di otra verdad por las buenas y cojo la puerta y me marcho.

JULIA: Carlos, ¿tú te has cansado de mí?

CARLOS: Pero, Dios mío, ¡qué le pasa a esta mujer! *(A Lorenzo.)* Anda, Lorenzo. Vamos a ver si está abierto Alvarez.

JULIA: Y yo voy donde la vecina. Por cierto, me prometió que pasaría por aquí dentro de un rato a felicitarnos. Si puedo evitarlo...

CARLOS: Pero no vayas a decirle: "Como usted es una beata no venga a casa, que nos aburrirnos."

JULIA: Voy a traerme los pasteles y el arroz con dulce.

LORENZO: Mira a ver si tiene arroz con gandules.

CARLOS: *(Julia ha hecho mutis por la derecha.)* Yo voy a ver qué queda en Alvarez. ¿Llevas tu llave?

JULIA: *(Busca en el bolsillo del abrigo)* Sí.

CARLOS: Claro. Vamos, Lorenzo. ¿Qué te pasa?

LORENZO: Que me ha caído mal el whisky. ¡Como era del bueno! La falta de costumbre.

(Han abierto la puerta del foro y salen. Julia apaga la luz. Queda la escena iluminada por tan solo las lucecitas del árbol de navidad y la claridad de la luna. Fuerte portazo cuando se van. Una pausa. La puerta de la izquierda se abre lentamente. Sale Elisa. Enciende la luz. Mira a su alrededor. Toma un cenicero y lo limpia. Luego otro. Lo hace mecánicamente, sin parar la atención en lo que hace. Luego acude a la derecha. Entra, vuelve a salir. El teléfono suena. Lo toma.)

ELISA: Sí. Casa de los señores Poveda. ¡Don Lorenzo... sí, sí! Ya se. No. Soy la empleada. *(Se escucha el motor de un auto.)* Pues ahora mismo han salido para el Green House. ¿Es usted la novia de Don Lorenzo? Sí, con los señores. ¿Una sueca? No. No. En lo absoluto. Han salido los tres solos. De nada.

(Cuelga. Se acerca al interruptor de la luz. Apaga. Enciende de nuevo. Apaga. Vuelve a encender. Apaga y enciende definitivamente. Busca apresuradamente en el bolsillo del delantal una llave. Se despoja del delantal. Llaman a la puerta. Abre Elisa. Hay un hombre con un cesto grande y una enorme bandeja de madera en la cabeza, cubierta por un paño. Es musculoso, de mirada penetrante. Sonríe. Viste unos

pantalones grises de franela, una chaqueta y lleva un delantal verde con rayas negras.)

JUAN: ¿Los señores de Poveda? Traigo el pedido.

ELISA: Pase, pase. *(Juan entra. Elisa cierra la puerta.)*

JUAN: *(Seco.)* ¡Con llave!

ELISA: Sí. *(Juan déja la bandeja en el sofa y el cesto en la butaca. Elisa cierra la puerta con llave.)* ¿Los viste salir?

JUAN: Me metí en la bocacalle. Se veía el ventanal. ¿Qué pasa?

ELISA: No empieces como siempre. Estamos solos. Es que me pongo nerviosa.

JUAN: ¡Las cortinas! ¡Despacito! *(Elisa va hacia el ventanal. Se detiene para beber un whisky. Juan la toma bruscamente de la mano.)* Ni una gota, Elisa. La cabeza despejada. ¡Vamos! *(Ella siente y cierra poco a poco las cortinas del ventanal. Juan ha sacado una cuerda y unos pañuelos de debajo de la tela que cubre la bandeja. Elisa está frotándose las manos co nerviosismo.)* ¿Las joyas?

ELISA: Las tiene en el joyero. En su dormitorio.

JUAN: Ve trayéndolas. Y todo lo demás. ¿Has hecho la lista, no?

ELISA: La tengo en la cabeza.

JUAN: Ya te dije que hicieras una lista. Se actúa con mayor rapidez.

ELISA: Me acuerdo de todo.

JUAN: No se pueden dejar a la memoria estas cosas. Te lo advertí.

ELISA: *(De pronto.)* Juan, vamos a dejarlo. Márchate. Es muy expuesto.

JUAN: Esas tenemos...

ELISA: Si te cogen otra vez, no será un año de cárcel. Va a ser mucho tiempo.

JUAN: Me cogieron porque no funcionó el asunto como yo lo tenía dispuesto. Porque fallaste tú a última hora.

ELISA: No puedes pedirme que haga todo esto con tranquilidad.

JUAN: Claro que sí. *(La toma de la mano, apretándole la muñeca con fuerza.)*

Vas a hacerlo con toda tranquilidad o esta vez te me llevo por delante. Sabes que no exagero... ¿verdad? *(Elisa se deshace de Juan con un gesto de dolor. Asiente.)* ¡Vete!

ELISA: Déjame al menos que me vaya con ustedes.

JUAN: No. Tu te quedas aquí atada y amordazada.

ELISA: ¡No!

JUAN: Es lo planeado. Y aguantarás el golpe en la cabeza sin rechistar,

JUAN: Mejor para tí. Cuando te recobres te arrastras hasta la puerta y pides Socorro.

ELISA: Tengo miedo.

ELISA: Creo que hay más de cien mil dólares aquí dentro. El marido apunta siempre lo que tiene en una libreta y yo la encontré.

JUAN: De acuerdo. ¿Has abierto los cajones? ¿Los has tirado al suelo?

ELISA: Sí.

JUAN: *(Dándole una palanqueta.)* Fuerza el armario.

ELISA: No tiene nada de valor.

JUAN: Por eso. Remuévelo todo. Obedece.

ELISA: Sí, Juan.

(Elisa hace mutis por la derecha. Juan toma unos candelabros de la chimenea, mira a su alrededor y escoge algún objeto más. Luego dispone las joyas de la canasta en la bandeja, cubriéndolas cuidadosamente con un paño. En la derecha ruido de cajones abiertos, sonidos violentos.)

JUAN: ¡Con calma, idiota! *(Acude a la derecha.)* ¿Hay algo por ahí? *(Señala a la izquierda.)*

ELISA: *(Asomándose.)* Unas monedas de oro en el despacho. Y un par de relojes en el cajón derecho de la mesa. Son de oro también. Esos candelabros no valen nada, Juan.

JUAN: Ya lo sé. ¿Qué quieres? ¿Que nada más entrar la policía comprenda que hemos ido a los sitios estratégicos y que estábamos en combinación con una persona de dentro? Mientras piensan un poco

dormitorio.) Date prisa. Tira los libros de los estantes. Fuerza los cajones. ¡De prisa!

ELISA: Sí, Juan.

(Elisa hace mutis por la izquierda. Juan extiende los relojes y las monedas sobre la bandeja, cubre la canasta y la bandeja definitivamente. Hemos escuchado ruidos en la izquierda. Juan va a ponerse la chaqueta cuando encuentra a Elisa en el umbral, pálida, sin fuerzas. Acude a ella.)

JUAN: ¿Qué te pasa?

ELISA: Me zumban los oídos. Estoy muerta de miedo.

JUAN: No queda más que lo último. Vamos. *(Asiente Elisa. Juan toma la cuerda y procede a atarla de pies y manos.)* Recuerda que debes decir la verdad en cuanto a mi vestido. Y mi tipo. Solo debes de mentir en el rostro. Recuérdalo bien. Nada de cicatrices ni cosa parecida. Eso no se ve cuando le atacan a uno. Sólo un detalle. Quisiste cogerme el pelo y no lo lograste. Supondrán por un instante que era casi calvo. Lo que necesito son horas hasta que puedan identificarme. Margen para correr. No quiero despistarlos más de doce horas. Con eso me basta.

ELISA: ¿Te das cuenta de que... has robado por valor de más de un millón?
¿Te das cuenta?

JUAN: Hemos robado... Elisa, hemos robado y hay cerca de los dos millones. Ese collar fácil cuesta medio millón. Pero hemos... hemos robado. No lo olvides.

ELISA: No, Juan.

JUAN: *(Incorporándose.)* ¿Respiras bien por la nariz?

ELISA: Sí.

JUAN: Bueno. Ahora viene lo más duro. Aguanta sin gritar, *(La despeina y la abofetea con fuerza, Le rasga el vestido. Con uno de los golpes, Elisa se queja.)* Sin gritar, sin quejarte. Es necesario. Bueno. Cierra los ojos. Voy a darte el golpe. Estate tranquila. Sé donde lo hago. Si notas que vas a perder el conocimiento patatea. Cierra los ojos. Estate tranquila. ¡No te tambalees, diablo! Así. *(Levanta la pistola y cuando se dispone a descargarla sobre Elisa, ésta troncha la cabeza hacia adelante en un leve desfallecimiento. El golpe que iba a la cabeza se descarga en la nuca.)* ¡Maldita sea! Te dije que no te tambalearas. *(Elisa se ha desplomado sobre el sofá.)* ¡Cómo un tronco! Mejor es así.

(Elisa ha caído sobre el delantal de Juan y al intentar éste recobrarlo rueda al suelo. Juan va a incorporarla. Sus manos se manchan de sangre. Mira a Elisa. Se arrodilla junto a ella. Le pone el oído en el corazón. Palidece. Se lleva las manos nerviosamente el rostro. Toma por fin el cuerpo inerte de Elisa. Mete la llave en la cerradura al tiempo que otra persona lo hace por el exterior. Un silencio. La voz de Julia al otro lado de la puerta.)

JULIA: Elisa... ¿está usted ahí? Se ha dejado la llave puesta. Elisa ... soy Julia... Elisa.... *(Hace sonar el timbre. Juan, acorralado, retira el sofá. Mete el cuerpo de Elisa y lo cubre con el sofá. Julia está golpeando en el ventanal.)* Elisa. *(Juan toma la canasta y la bandeja y desaparece por la derecha. Julia parece hablar con alguna vecina.)* No, no es necesario que venga. Es que Elisa debió dejarse la llave puesta, y no puede funcionar la mía. En seguida se despertará. ¡Elisa! *(Juan sale y retira cuidadosamente la llave. Luego corre hasta desaparecer por la derecha.)* ¡Elisa! ¿Eh? ¡Ah, mire, la llave ya funciona! Muchas gracias, señora. Sí, cuanto más tarde mejor. *(La puerta del foro se abre y entra Julia. Trae una bandeja de turrón y frutas. El delantal verde con rayas negras de Juan. Lo mira con un poco de estupefacción. Deja el turrón sobre la mesita. Y la llave al lado. Se rascal la cabeza. Se encoge de hombros. Canturrea.)* Ande, ande, ande, la maromorena, ande, ande, ande ... *(El ralenti en su canción débese a que acaba de observar la chaqueta. La toma, se frota los ojos.)* ...que hoy es Nochebuena...

JUAN: Buenas noches.

JULIA: Hola, muy buenas.

JUAN: Feliz Navidad, señora.

JULIA: Gracias, igualmente.

JUAN: Muchas gracias.

(A Julia se le está helando la sangre en las venas. Sonríe y quiere avanzar hacia el foro, pero Juan se pone delante amablemente. Cierra la puerta con llave. Julia retrocede con el miedo pegado a los ojos.)

JULIA: El fumigador, ¿verdad?

JUAN: Pues lo he sido de joven. Dígame, no iban a comer al Green House?

JULIA: Sí. Pero el auto de mi marido no prende, y el del amigo, que sí funciona, tiene un choque feísimo y no es...

JUAN: ¡Ah, claro! ¿Y su marido va a volver?

JULIA: Sí. Ha ido a comprar algo para comer.

JUAN: ¡Vaya!

JULIA: Y también come con nosotros el amigo de él que le digo, el del choque.

JUAN: Comprendo.... Comprendo. *(Julia va a marcharse por la izquierda.)*
No.

JULIA: Le ruego... *(Juan saca la pistola.)*

JUAN: ¡No!

JULIA: Usted no será... un...ladrón.

JUAN: Nos llaman así, pero hay mucho que hablar sobre el asunto.

JULIA: Llévase lo que quiera, pero guarde eso. *(Se refiere a la pistola.)* Le juro que no lo denuncio. Yo le daré todo lo que hay de valor en la casa, pero por Dios, no dispare.

JUAN: Me gusta esa actitud. No se preocupe por lo que hay de valor, lo tengo bien guardado.

JULIA: Márchese entonces. No llamaré a la policía. Se lo prometo.

JUAN: Me lo supongo. (*Aparta el sofa.*) Mire ...

JULIA: ¡Elisa!

JUAN: No se agache. Está muerta,

JULIA: Pero usted...

JUAN: Es largo de contar. Una cosa es un robo y otra un crimen. Me va a costar mucho hacer creer que Elisa era cómplice mía y que la maté porque no se estuvo quieta.

JULIA: Pero, ¿cómo quiere usted que se esté quieto nadie cuando lo van a matar?

JUAN: Todo esto me huele a cadena perpetua... ¿comprende? A no ser que saque a Elisa de aquí, la haga desaparecer y se trate de una sirvienta infiel que huyó con las joyas de la señora y no se ha vuelto a saber de ella. Entiéndalo. Es un secreto entre usted y yo. Naturalmente, usted puede contarlo todo a la Policía, usted me puede descubrir, pero le aseguro que tarde o temprano la matan, señora.

JULIA: ¿Sí?

JUAN: Sí. Tengo amigos íntimos. Yo le juro que si usted descubre ésto la matan. Como le juro que si no me ayuda, la mato yo. ¿Está claro? ¿Qué decide?

JULIA: *(Tragando saliva.)* Le ayudo.

JUAN: ¿Sabe lo que va a decirle a la Policía?

JULIA: Que han desaparecido mis joyas y la sirvienta.

JUAN: Es usted muy inteligente.

JULIA: ¿Y cómo la va a llevar?

JUAN: Tengo una ambulancia a mi disposición.

JULIA: Está usted en todo.

JUAN: De acuerdo. *(Va a tomar a Elisa.)*

JULIA: ¿Usted me asegura que si... que si la Policía se entera de esto, sus amigos sabrán que no ha sido por mí?

JUAN: Mis amigos están siempre alerta. Y sabrán si usted ha dicho la más pequeña indirecta para delatarme.

JULIA: Descuide.

JUAN: Mire por la mirilla. ¿Viene alguien?

JULIA: No, señor.

JUAN: Abra un poco. Deje la puerta entornada. *(Julia, temblorosa, asiente. Obedece.)* Ahora apague y encienda la luz tres veces.

(Se carga a hombros a Elisa. Julia apaga una vez. Enciende. Dos, y se oyen voces.)

JULIA: ¡Mi marido!

JUAN: ¡Quieta! ¡Cierre la puerta! No toque la luz. *(Deja a Elisa en el suelo.)*

JULIA: ¡Va a entrar!

(Juan corre a la puerta y cierra con llave. Suena el timbre de la puerta y oímos a Carlos y Lorenzo, haciendo sonar una zambomba.)

CARLOS y LORENZO: Si no me dan de beber lloro, si no me dan de beber lloro, si no me dan de beber, lloro, si no me dan de beber.

CARLOS: ¡Abre, Julia! Ya veras que sorpresa te llevas.

JULIA: Pues vas a ver la que te llevas tú.

JUAN: *(Ocultando a Elisa debajo del sofa.)* Abra. Espere. Si consigue sacarlos de esta habitación un momento, cinco minutos, le dará tiempo a hacer la señal y terminar el asunto.

JULIA: Lo intentaré.

JUAN: No olvide que hay ocho balas aquí. Ni usted ni su marido van a vivir para contarlo como intente la menor treta. Míreme a los ojos. Se da cuenta de que no bromeo, ¿verdad?

JULIA: ¡Que va usted a bromear!

JUAN: Desde este momento usted está tan interesada como yo en que ese cadáver salga de la casa. Voy a esconderme. Pero esté donde esté recuerde que hay un cañón de pistola dirigido contra usted. Salga como pueda del apuro. *(Los villancicos de Carlos y Lorenzo se han hecho frenéticos. Están golpeando la puerta y dando gritos de "¡JULIA!")* Abra. Y no olvide eso...que está debajo del sofa.

(Monta la pistola con un chasquido siniestro. Desaparece por la derecha. Julia abre la puerta. Carlos y Lorenzo, con dos bigotes postizos, unas zambombas, unos gorritos de verbena y un sinfín de paquetes le cantan a coro.)

LOS DOS: Ese pobre lechón, que murió de repente

Con un tajo en la frente y otro en el corazón

(Julia los contempla con una seriedad de figura de mármol, La impresión que esperaban causar se desvanece en el aire, naturalmente)

CARLOS: ¿Y esa cara? Parece que estás velando un muerto.

JULIA: Algo así.

CARLOS: ¿Cómo algo así?

JULIA: Bueno, verás, es que la vecina no tenía pasteles.

LORENZO: En Alvarez nos han dado de todo. *(Va dejando paquetes.)* Pollos, pan, ensalada de papa.

CARLOS: *(Igual)* Mortadella, salchichón, jamón y nescafé.

LORENZO: ¡Y además nos han dado un whisly triple!

CARLOS: Del bueno.

LORENZO: *(Con la zambomba)* Si no me dan de beber lloro...

LOS DOS: Si no me dan de beber.

LORENZO: *(Echándose en el sofá.)* Que me traigan la comida. Yo no me muevo de aquí en toda la noche.

CARLOS: Ni mucho menos. Tú tienes que ayudar. Julia, tráete la mesa plegable.

JULIA: ¿Para qué?

CARLOS: Vamos a comer aquí, junto al árbol. *(Hace un ademán a Lorenzo que ya está en pie.)* Se corre el sofa... *(Lo han levantado en vilo.)*

JULIA: *(Aterrada.)* ¡No! *(Se echa a plomo en el sofa.)*

CARLOS: ¿Pero porqué no?

JULIA: Trae mala suerte mover los muebles.

CARLOS: No pretenderás que vayamos al comedor, ¿no?

JULIA: No, no.

CARLOS: Ni a la cocina.

JULIA: Ya ves, a la cocina es distinto.

LORENZO: Me parece una buena idea lo de la mesa plegable.

JULIA: Tal vez. Pero me tienen que ayudar a desempaquetar todo esto y a traer la mesa.

LORENZO: ¡Muy justo! Sí, señor. Carga, Carlos.

CARLOS: ¡Ven, Lorenzo!

JULIA: Los señores primero.

LORENZO: Será la señora.

JULIA: Con la nueva ley tenemos derecho a cederles el paso.

(Salen todos por la izquierda. Juan aparece por la derecha, corre hasta la izquierda. Mira atrás del sofa. Se carga a Elisa a hombros. Acude a la luz. Enciende y apaga. Una, dos.... y suena el teléfono.)

LORENZO: *(Desde dentro.)* Ya voy yo.

(Juan corre. Deja a Elisa debajo del sofa y huye por la derecha. Por la izquierda se escucha un estruendo espantoso. Y un largo quejido. La primera en aparecer es Julia. Se agacha, mira debajo del sofa y coge el teléfono.)

JULIA: Sí, sí. ¡Luisita! ¡Es Luisita, Lorenzo!

(Aparecen Carlos y Lorenzo detrás cojeando.)

CARLOS: ¿Se puede saber por qué le has puesto la zancadilla a Lorenzo?

JULIA: ¿Yo?

CARLOS: Sí, tú. Has sacado el pie y no se ha matado porque Dios no ha querido.

JULIA: Como estamos en Nochebuena, hizo un milagro.

CARLOS: Julia, estás muy nerviosa. ¿Qué te pasa.

JULIA: ¿Te has hecho daño, Lorenzo?

LORENZO: No es nada.

JULIA: Es Luisita, está al teléfono. *(Toma el auricular Lorenzo.)*

LORENZO: Sí. Soy yo. Que me caí. Por venir más aprisa. *(Julia hace señas hacia la derecha de que Juan aguarde. En ellas la pilla Carlos, muy asombrado.)* Claro que tengo un explicación para todo, cielo. Sí,

hemos salido, pero hemos vuelto. No, no vamos al Green House, Pues se confundiría. No es nada raro, amor mío. Julia te lo contará. Bueno, mejor es que Julia no te cuente nada. Yo puedo... ¡Oye, oye! *(Desconcertado.)* Ha vuelto a colgar.

CARLOS: ¡Y bien, déjala ya! En el tiempo que te conozco hace siempre la misma maniobra. Te llama quinientas veces para darse el gusto de colgarte otras quinientas. ¡Que duerma tranquila y que nos deje a nosotros! *(Va a servirse un whisky.)* Eres muy débil con tu novia. Y te lo he advertido ya... *(Contempla la botella vacía.)* ¡Caramba! Se han bebido el whisky. Pero el bueno, además. ¿Y quién?

JULIA: Pues yo... no tenía nada que hacer y dije: voy a beberme el whisky.

CARLOS: Media botella.

JULIA: ¿Media botella? Ay fíjate, yo creí que había sido más.

CARLOS: Julia, si se hubieras bebido media botella de este whisky, no podrías tenerte en pie. *(Mirando el vaso.)* Pues el vaso tiene lipstick.

JULIA: ¿Lo ves?

CARLOS: ¿Tú te has bebido media botella de whisky?

JULIA: Para ponerme a tono, pero ni lo siento.

CARLOS: Bueno, pues voy por otra botella. *(Se dirige hacia la derecha. Julia corre y lo detiene.)*

JULIA: No. Yo te la traigo.

CARLOS: Pero...

JULIA: Yo te la traigo. Es un instante. Ustedes ahí, quietecitos. No me tardo.

(Sale rápida por la derecha. Carlos y Lorenzo se miran.)

LORENZO: ¿Qué crees que le puede pasar?

CARLOS: Estará viendo la manera de introducir el elemento dramático en la Nochebuena porque nos quiere amargar la noche. De veras, estoy hasta la coronilla de su maldito carácter. Debí haberlo supuesto cuando una vez, de novios, llamé a su casa por teléfono y la criada me contestó: "La señorita está en en cuarto de baño cortándose las venas." Estas cosas ocurren por no elegir con cuidado y...

(Desde la derecha llega la voz de Julia: "No, déjeme. Le juro que sí. Por favor... ¡Ay!" Los dos hombres quedan perplejos. Julia sale despeinada y con un tirante del vestido caído, enseñando el hombro. Sonríe y entrega a Carlos una botella.)

JULIA: El whisky.

(Carlos la mira y luego desenvuelve la botella.)

CARLOS: Es coñac.

JULIA: ¿Qué?

CARLOS: Has traído coñac.

JULIA: ¿Sí? Sí, es cierto.

CARLOS: ¿Por qué te has despeinado?

JULIA: ¿Yo? ... ¡Ah! Al abrir el armario.

LORENZO: ¿Qué, hay un ventilador dentro?

JULIA: No... la puerta que al abrirla hace aire. Te traigo el whisky enseguida, Carlos. No te preocupes, tú no te preocupes. *(Hace mutis por la derecha. Y vuelven a oírse inmediatamente los cuchicheos. "Le aseguro que me he equivocado. Suelte... No, por favor. ¡Bruto! ¡Ay!" Carlos y Lorenzo, estupefactos, están mirando hacia la derecha, por donde vuelve a aparecer Julia, con todos los pelos en la cara y el otro tirante en el codo. Trae una botella en la mano.)* El whisky.

CARLOS: Esperamos de corazón que la próxima vez que salgas de ahí no vengas en panties, Julia.

JULIA: *(Reparando en los tirantes)* ¡Ah, es que se caen como las hojas!

CARLOS: Ya.

JULIA: Yo te sirvo. *(Abre la botella y comienza a echar con mano temblorosa, y riega copiosamente el suelo, hasta llenar dos dedos en el vaso.)* Ya está. No mucho que te hace daño al hígado. Tú, Lorenzo. *(La misma operación ante el indignado estupor de Carlos. Dos dedos. Vuelca la botella y no queda nada.)* Como vienen estas botellas..., ¿eh?

CARLOS: De una vez, Julia..., ¿Qué te propones?

JULIA: ¿Yo?

CARLOS: Sí. Tú. ¿A qué vienen esas carreras, esos temblores, y esos cuchicheos ahí adentro.

JULIA: No cuchicheo. Es que llamo al gato.

CARLOS: ¿Qué gato? Si no tenemos gato.

JULIA: Algún gato vendrá si yo lo llamo, y ya sabes que me encantan los gatos.

CARLOS: ¡Que te estás volviendo loca!

JULIA: *(Desesperada.)* Sí, sí....me estoy volviendo loca y voy a gritar cuando menos lo esperen. ¡No puedo más!

LORENZO: ¿Pero qué te ocurre?

JULIA: Pues... *(Mira a la derecha.)* ¡Que odio la Navidad! ¡Felicidades.! A pasar buena noche. Que no coman mucho. ¿Y los pobres? ¿Cómo pasan los pobres la Nochebuena? ¿Nos hemos preguntado eso? Y hay vagabundos que pasan la Nochebuena debajo de un árbol. Y nosotros aquí.

CARLOS: ¿Pero tu estás oyendo?

LORENZO: Que tiene inquietudes sociales. Tampoco es tan raro.

CARLOS: *(Cogiendo el delantal, en el que acaba de reparar.)* ¿De quién es ésto?

JULIA: Mío.

CARLOS: Que, te vistes de carnicero de pronto.

JULIA: Sí.

CARLOS: Para hacer algo, claro.

JULIA: Sí.

CARLOS: *(Tomando la chaqueta.)* ¿Y esto?

JULIA: Pues...

CARLOS: ¿Pero otra vez, Julia? *(Indignado.)* ¿Otra vez? Ya has armado un lío de los tuyos.

JULIA: Pero...

CARLOS: La chaqueta..., antes eran unos pantalones. Los debió de comprar en el mismo baratillo.

JULIA: Carlos, por la Virgen.

CARLOS: *(Por el delantal.)* Y éste es el elemento dramático.

LORENZO: Que ha inventado un amante repartidor de comestibles.

CARLOS: No, hombre. Eso está dentro de la lógica. Un amante disfrazado. ¿De qué se disfrazó hoy el hombre que tiene por misión despertar mis celos y ayudarte a que yo te preste más atención?

JULIA: No puedo hablar.

CARLOS: ¡Más bonito todavía! La señora de Poveda no puede hablar. ¡Dios sabe lo que será el amante de turno! ¿También lo persigue la Policía?

JULIA: No sé lo que dices.

CARLOS: ¿Pero lo estás viendo, Lorenzo? Si es para darle un Oscar. Mírala como tiembla. Eso tiene más elementos dramáticos. Seguro que sí. ¡Vamos a ver, dónde están los calcetines y el sombrero!

(Se dirige a la derecha.)

JULIA: *(Se dirige a la derecha y lo impide.)* No, Carlos..., ¡por lo que más quieras, por nuestro amor, no entres ahí..., ¡por lo más santo!

CARLOS: ¡Déjame! *(Entra por la derecha. Julia se tapa los oídos. Un silencio. Sale Carlos muy serio. Mira a Lorenzo.)* No te muevas, Lorenzo. *(Hace mutis por la izquierda. Julia asoma la cabeza por la derecha. Se asombra. Sale por la izquierda Carlo.)* Quieto, Lorenzo, no te muevas.

LORENZO: Perdona. No sé si es que tengo encima una borrachera que me hace oír cosas raras, pero, ¿me has dicho que no me mueva?

CARLOS: Eso te he dicho. Quieto.

LORENZO: Para toda la vida.

CARLOS: Quiero decir que no salgas corriendo cuando veas lo que vas a ver.

LORENZO: ¿Ocurre algo?

CARLOS: Y muy grave. ¡Ha fingido un robo!

JULIA: Escucha, Carlos.

CARLOS: No me hace falta. Voy a contarte la historia. Tu amante es un ladrón, porque tú no puedes tener un amante cartero. Ha entrado aquí y se disponía a robarlo todo. Pero llegamos nosotros. ¿No es cierto?

JULIA: Cuando tú lo dices....

CARLOS: Julia, escúchame. Voy a llamar al medico. Esto se pasa de la raya. Porque un ladrón no se lleva esos dos candelabros que había aquí y que no valen nada, y un ladrón cuando entra a una casa como la nuestra está de antemano de acuerdo con alguien de dentro y si ese alguien eres tú, un ladrón no necesita forzar puertas y cajones, sino que tu le abras lo que necesite. Por ultimo, un ladrón no deja todo lo que ha robado en una cesta y una bandeja al lado de la cama, por mucho que haya tenido que saltar por la ventana, para eso la dejaste abierta. ¡No ha funcionado tu mentira!

(Se dirige al teléfono. Julia se tapa el rostro con las manos. Va decir algo. Pero en el umbral de la derecha está Juan. Un gemido de Julia. Lorenzo junto a Carlos, ajenos a lo que ocurre a la derecha.)

JULIA: ¡No dispare!

JUAN: Echelos de aquí. Tiene cinco minutos.

(Y vuelve a entrar en la derecha. Carlos cuelga el teléfono)

CARLOS: Viene ahora mismo.

JULIA: ¿Quién?

CARLOS: Barrios, el psiquiatra. Sí, mi amigo. Está solo, y poco le importa comer en su casa o en la mía. ¡Te ve ahora mismo!

JULIA: Carlos, que yo no lo necesito.

CARLOS: Lo hago por tu bien. Porque a pesar de todo... ¡Maldita sea!... eres mi mujer y te quiero. *(Suena el teléfono. Lo toma airadamente Carlos)* Sí. ¿quién? *(Tapa el auricular,)* Bueno, ésto es para echarse a reír. ¿Quién dirás que llama, Julia?

JULIA: No sé.

CARLOS: Lorenzo... ¡Claro, si es de New York, el perseguido por la Policía! ¡Bien tramado! ¿Es Clemente, verdad?

JULIA: No.

CARLOS: ¿Quién es?

JULIA: No lo sé.

CARLOS: ¿Pero tu ves, Lorenzo? Si es para hacer una película.

LORENZO: Te parecerá una tontería, pero me estoy poniendo nervioso.

CARLOS: Si hay que tomarlo a broma, hombre. Ahora verás. *(Al teléfono.)*

Dime. ¿quieres hablar con ella? Conmigo. ¿Qué Juan? ¡Ah, si, soy Juan!

(Riéndose como un imbecil.) Me dice que si soy Juan... *(Al teléfono.)* Sí. La voz. Es

que me he resfriado. Te digo que sí. Que soy Juan. ¿Quieres hablar con ella,

verdad? Conmigo. ¿Qué? Espera. *(Comienza a reírse.)* Ya ves. Eso es gracioso. Dice

que a ver cuándo salen, porque no hace más que dar vueltas con la ambulancia y

lo están siguiendo los de la vecindad a ver dónde está el enfermo. *(Al teléfono.)*

En seguida. Eso, tu aguarda la señal. Eso. Adiós, hombre. *(Cuelga, riéndose.)* ¡Ay

Julia! ¡Qué imaginación! ¡qué locura!

JULIA: Carlos..., yo no estoy loca. Es algo, algo que no puedes comprender.
Pero te juro que no estoy loca.

CARLOS: ¡No! Pero vas a volverte de un momento a otro. ¿A qué viene esa llamada, ese lío de la ambulancia? ¿Qué revolú has armado con Juan?
¿Es que los tienes por parejas?

JULIA: No es eso.

CARLOS: Habla. Te escucho. Explícame todo. ¿Por qué has fingido que alguien bebió el whisky?

JULIA: ¡Se lo han bebido!

CARLOS: ¿Tú?

JULIA: No. No fui yo.

CARLOS: Luego mentiste cuando nos decías que te habías bebido el whisky.

JULIA: Sí.

CARLOS: ¿Por qué?

JULIA: Por no hablar.

CARLOS: Antes era por decir algo y ahora es por no hablar. (*Julia cae en una butaca sollozando.*)

LORENZO: Me da mucha pena con ella, Carlos.

CARLOS: (*Marcando un número al teléfono.*) Y a mí. Por eso hay que tomar medidas rápidas.

LORENZO: Quisiera ayudarla.

CARLOS: ¿Qué? ¿Que te vas a poner a contar mentiras tú también?

LORENZO: Haría cualquier cosa por echarle una mano.

CARLOS: ¡Una mano! *(Al teléfono.)* Doctor Barrios, Ya..., ya. Dígale que soy Carlos Poveda. *(A Lorenzo.)* Esta es la única mano que queda por echar. *(A Julia)* No es preciso que llores más. No se trata de manicomios ni cosa parecida. A lo mejor todo se resuelve con Vitamina B. *(Al teléfono.)* Hola, Pepe. Sí. ¿qué haces? ¿Quieres comerte un cantito de pollo conmigo? Se trata de Julia. Sí, ya sé que me lo advertiste. Pero nunca se hace caso de esos avisos. Un cuarto de hora. Sí, te esperamos. Gracias. *(Cuelga de nuevo. La luz baja de intensidad.)* ¡Lo que nos faltaba! ¡La luz! *(Sube de Nuevo.)* ¡Qué país! ¡Y todo esto en Nochebuena!. *(Baja otra vez.)*

(Sube la luz y se estabiliza.)

CARLOS: Voy por una botella de whisky. ¡No, tu aquí! *(Se lo ha dicho a Julia.)* Porque si entras, traerás ginebra o vodka y me lo echarás en el smoking. *(A Lorenzo una seña expresiva.)* Que no se mueva mucho. *(Hace mutis por la derecha. Julia se refugia junto al lateral y chista a Lorenzo. Le indica el sofá. Lorenzo, un poco miedoso, tarda en comprender. Se sienta. Julia niega. Le hace señas de que lo corra. Lorenzo no entiende. Señas de debajo. Lorenzo como un imbecil se sienta en el suelo. Julia se desespera. Carlos sale con otra botella. (A Lorenzo.)* ¿Qué haces?

LORENZO: Aquí, en el suelo.

CARLOS: ¿Pero por qué?

LORENZO: Manías.

CARLOS: A tí te ha caído muy mal el whisky de verdad.

LORENZO: Es probable.

CARLOS: Levántate. *(Lorenzo obedece.)* Ayúdame a servir el pollo. *(A Julia.)*
Ven .

JULIA: Prefiero tranquilizarme un poco. Me quedo aquí, si no tienes inconveniente. Si te hago falta...

CARLOS: No.

LORENZO: Me da mucha lástima, Carlos.

CARLOS: ¡Anda, anda!

(Hacen mutis los dos por la izquierda. Julia se lleva las manos a las sienes. Corre hacia la mesa. Llaman a la puerta. Julia abre apresuradamente. En el umbral un sacerdote con su sombrero puesto. Abre los ojos al ver a Julia. Juan ha aparecido por la derecha con la pistola. Julia se abraza al sacerdote.)

JULIA: Padre... ¡Dios lo bendiga! Protéjame. *(Señala a Juan.)* Es un ladrón. Quiere matarme. Y nadie me cree. Mi marido tampoco. Padre, protéjame. ¡Protéjame!

(El sacerdote se ha quitado el sombrero, que deja sobre un mueble y saca una pistola. Julia lo mira con un gemido. Aterrada, quiere huir pero el sacerdote le tapa la boca. Julia se desmaya en el instante en que el sacerdote grita:)

BERMÉS: ¡Dispara, Juan! No tenemos tiempo.

(Ha caído rápidamente el Telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Han transcurrido algunos segundos, un minuto, tal vez, entre ambas partes.

(Juan está pegado al sofa. Lorenzo Bermés, el disfrazado de sacerdote, atiende a la izquierda. Julia bebe en el sofa medio desvanecida, una copa de coñac que le da Juan.)

BERMÉS: ¿Pero es posible que esto suceda: ¿Cómo la mataste?

JUAN: Ella se movió. Quise darle en la cabeza y le partí el cuello. ¿Qué?

BERMÉS: Siguen en la cocina.

JUAN: ¿Seguro que nadie notará la ambulancia?

BERMÉS: No sé. Cuando ví que no salías inmediatamente, dí marcha atrás y la metí en el callejón. Supuse que me necesitabas. De todos modos no hay mucho tiempo. Una ambulancia parada sin nadie adentro da qué pensar. La gente es morbosa y suele esperar a que el enfermo salga en una Camilla para verle la cara.

JUAN: ¿Veinte minutos?

BERMÉS: Como mucho.

JUAN: Oye, Lorenzo. Hay dos partes en este asunto. No podemos sacar las alhajas sin sacar a Elisa de aquí. Nuestra última salvación es que crean que ella es la ladrona. *(Lo mira)* ¿Qué pasa? Miedos no, Lorenzo. Esto estaba planeado perfectamente. Y si salió mal en parte fue por el miedo de ella. No quiero volver a la cárcel. Y si tratas de huir o quitarte de en medio de este asunto, no dudes que

acabo contigo. *(Señala el sofá.)* Si me dan una perpetua por Elisa, poco importa que me den otra por tí.

BERMÉS: *(Huidizo)* No pienso huir, Juan.

JUAN: Por si acaso.

BERMÉS: *(Por Julia.)* ¿Y esa?

JUAN: No va a decir ni ji. ¡Con el susto que le has dado!

BERMÉS: Coje las prendas y vámonos, Juan.

JUAN: Sin la muerta, no.

BERTMÉS: Pero...

JUAN: Si logro engañar a la Policía es a base de Elisa, métetelo en la cabeza. Podemos huir siempre que crean que está viva. Y no quiero dar más explicaciones, *(Alarmado ante un gesto de Bermés.)* ¿Qué pasa?

BERMÉS: Ha cruzado uno.

JUAN: ¿Viene hacia aquí?

BERMÉS: No, no. Yo te aviso con tiempo.

(Julia ha reaccionado. Abre los ojos. Tose porque se atraganta con el coñac. Intenta levantarse.)

JULIA: ¿Qué me ha pasado?

JUAN: Que se desmayó usted cuando vió al padre Lorenzo sacar una pistola.

JULIA: ¿Y mi marido?

JUAN: En la cocina.

JULIA: ¿No habrá...?

JUAN: No. Esté tranquila. Vive aún. Y usted se salvó de milagro.

JULIA: Dios mío, me voy a volver loca.

JUAN: Ya vé, un inocente sacerdote resulta ser uno de mis amigos. Le puede pasar cualquier cosa mala en cuanto menos lo espere. Una vendedora que viene a mostrarle algo puede dejarla seca en el acto de dos tiros. La próxima empleada tal vez sea una de nuestros amigos, ¿Lo comprende usted?

JULIA: Sí, pero por Dios terminen cuanto antes. No tengo fuerza.

JUAN: Trae la ambulancia, Bermés.

BERMÉS: Yo...

JUAN: Déjalo. ¿Hay mucha distancia al callejón?

BERMÉS: Apenas cincuenta metros.

JUAN: Vamos a hacer otra cosa.

BERMÉS: ¡Ahí vienen!

JUAN: ¡Por aquí! Al cuarto, debajo de la cama, ¡Y con calma! *(En la derecha).*
Ahora son dos pistolas, señora.

(Desaparecen ambos por la derecha. Carlos y Lorenzo entran por la izquierda.)

CARLOS: ¿Cómo funciona el microondas?

JULIA: No sé.

CARLOS: Parece una tontería, pero quiere calentar el pollo. (*A Lorenzo, que intenta beber whisky.*) Lorenzo, si sigues bebiendo, me aguarás la noche. No estás acostumbrado a tanto.

LORENZO: No sé por qué, Carlos, pero lo necesito. Cada vez me estoy poniendo más nervioso.

CARLOS: (*Furioso*) Pues vete a casa de Luisita. Tengo suficiente con Julia.

LORENZO: Pero...

CARLOS: Pero nada, es Nochebuena y justo se daña el auto, tengo que comer pollo, una vecina amenaza con visitarnos, mi suegra me insulta, mi mujer sufre la más terrible de sus crisis y mi amigo no puede vivir sin la botella. Ya está bueno, ¿verdad?

LORENZO: Como tu digas.

CARLOS: ¿Y a qué viene esa cara, Julia? ¿Es que esperas al enterrador?

JULIA: Pues no tendría nada de particular.

CARLOS: Debías agradecer que Barrios quiera ayudarte. Miles de personas han sido sometidas a tratamiento psiquiátrico porque veían cosas que no existían o porque caían en manías parecidas a la tuya. Hoy son seres normales que andan tranquilamente por la calle. Julia, amor mío. Tú comprendes por qué lo hago, ¿verdad?

JULIA: Sí, Carlos.

CARLOS: Es por nuestro bien. Un día cualquiera puedes no recapacitar, creer que todas esas prendas que dejas en la butaca las ha dejado alguien realmente. (*Acaba de encontrar el sombrero que se dejó Bermés en la butaca.*)

LORENZO: (*Ingenuamente.*) ¿Qué es eso, regalitos de navidad?

JULIA: El caso es que....

CARLOS: ¿Y ahora qué historia vas a inventar sobre este sombrero?

JULIA: No sé... cómo ha podido llegar ahí.

CARLOS: ¿Qué vas a decir? ¿Que te has traído un cura para confesarte de tus culpas, abjurar de tus amantes y entrar en Nochebuena limpia de pecado?

JULIA: No diría eso.

CARLOS: (*A Lorenzo.*) Verás como surge la historia del cura tarde o temprano, Lorenzo.

JULIA: Carlos, por Dios. Si ese psiquiatra va a venir, deja que me vea y no me grites más. Estoy llegando al límite de mis fuerzas.

CARLOS: De dónde has sacado ese sombrero.

JULIA: No lo sé. Yo no lo he traído.

CARLOS: Entonces es que ha venido un cura a casa.

JULIA: Tal vez.

CARLOS: ¿Pero es que un momento que te dejamos sola sacas un sombrero y lo pones en la butaca? ¿Es que ni siquiera piensas que estando Lorenzo y yo en la cocina y tú sola aquí, todos vamos a saber que has sido tú quien ha dejado el sombrero? Ven conmigo, vamos a ver si estando pegadita a mí al regresar encuentro un casco de bombero cuando volvamos..., ¿A que no?

JULIA: Como tu mandes, Carlos.

CARLOS: A ver si consigues que el microondas funcione.

(Hacen mutis los tres por la izquierda. Por la derecha aparece Bermés, Juan detrás.)

JUAN: Yo saco las cosas al jardín y salto por la ventana. Date prisa con ella.
(Abre la puertta. Bermés está indeciso.) Una duda más y te pego dos tiros, Lorenzo. Esta vez si me cogen no sera por culpa de nadie.
(Bermés asiente.) ¡De prisa!

(Juan vuelve a la derecha y desaparece. Bermés aparta un poco el sofá. Al ver el cuerpo de Elisa se lleva una mano al cuello con angustia. Corre al sofá cubriéndola y arrodillado lo encuentra Lorenzo, que ha entrado a servirse un whisky. Lo observa. Bermés ve a Lorenzo. Palidez. Y Lorenzo, como un imbecil dice:)

LORENZO: Buenas noches, padre.

BERMÉS: *(Nerviosísimo.)* Buenas noches, hijo.

LORENZO: ¿Esto es de usted? *(Le da el sombrero.)*

BERMÉS: Sí, hijo. Buenas noches.

LORENZO: Buenas noches, padre. *(Y le besa la mano.) Bermés desaparece con cierta prisa por la derecha. Lorenzo se sienta en el sofá, dulcemente y de pronto grita.)* ¡El curaaaa! ¡El curaaaa!

(Por la izquierda aparece Carlos, seguido de Julia.)

CARLOS: ¿Qué ocurre?

LORENZO: Ya ha salido el cura.

CARLOS: ¿Pero qué cura?

LORENZO: El que esperábamos. Vine por whisky y me lo encuentro arrodillado.

CARLOS: ¿Arrodillado?

LORENZO: Sí. Aquí mismo. Supongo que rezando, claro. Le dije: "Buenas noches, padre". Me dijo: "Buenas noches, hijo." Y se ha marchado. Con el sombrero, porque me permití dárselo.

(Carlos ha mirado el vaso de whisky que hay en la mano de Lorenzo.)

CARLOS: Por partes, Lorenzo. Tú entraste aquí y viste un cura.

LORENZO: Sí.

CARLOS: Un cura que se ha marchado.

LORNZO: Eso.

CARLOS: ¿Y tú no le has preguntado qué hacía arrodillado?

LORENZO: No.

CARLOS: ¿Por qué?

LORENZO: Porque se arrodillan mucho.

JULIA: *(De pronto.)* ¿Por qué mientes, Lorenzo?

LORENZO: ¿Yo?

JULIA: ¿Cómo es posible que tú hayas visto un cura, si ese sombrero lo compré yo y lo puse yo misma en la butaca?

LORENZO: Pues...

JULIA: ¿Cómo se te ocurre decir esa tontería si el cura es un invento mío?

LORENZO: ¡Si le he besado la mano!

JULIA: No puedes haberle besado la mano, porque yo inventé ese cura, como muy bien dice Carlos, con objeto de confesar a mi marido que existía un sacerdote dispuesto a absolverme de mis pecados y hablar con Juan y Lorenzo para que se retiraran discretamente de mi vida.

CARLOS: ¿Y bien?

LORENZO: Por mi madre que yo he visto un cura.

JULIA: *(Acercándose a él sonriente.)* Tú no has visto ningún cura. Carlos dijo: "Verás como surge la historia del cura.", y tú, que eres muy

sugestionable, has pensado que veías un cura. El resto lo habrá hecho el whisky.

CARLOS: Eso se llama sentido común.

LORENZO: ¿Qué quieren? ¿Echarme también a mí al psiquiatra? He visto a un cura y he visto a un cura.

JULIA: Pero, Lorenzo...

CARLOS: Déjalo. Ha visto un cura. ¿Por dónde se marchó ese cura?

LORENZO: *(Señala la derecha.)* Por ahí.

CARLOS: Perfecto. Ahí está el dormitorio. Vamos a registrarlo de arriba a abajo.

JULIA: *(Alarmada.)* Eso tampoco.

CARLOS: Eso sí. Vamos, Lorenzo.

JULIA: Carlos, si yo te pido que no lo sometas a esa prueba.

CARLOS: ¿Quieres quitarte? ¿Qué diablos pasa con esta habitación que siempre que intento entrar estás tú en la puerta? Voy a mirar incluso debajo de la cama, como hacen los niños pequeños. *(A Lorenzo.)* Y pídele a Dios que encontremos un cura, porque si no lo encontramos Barrios empieza por tí y con un electroshock. ¡Vamos!

(Hacen mutis por la derecha. Julia corre a la mesita e intenta levantar el teléfono. Duda. Angustiada. Alguien empuja la puerta del foro. Es Juan. Trae a hombros al falso cura, exánime. Julia ahoga un grito.)

JUAN: Quieta. Quiso salir corriendo. Le tuve que dar con uno de los candelabros en la cabeza. He saltado al jardín. Ayúdeme.

JULIA: *(Aterrada.)* Oiga. Dos muertos son demasiado para una casada decente.

JUAN: *(Por la derecha.)* Cierre esa puerta.

JULIA: Tiene el cerrojo por dentro. Lléveselo a la cocina.

JUAN: ¿Qué quiere? ¿Que lo tenga que arrastrar por todo el pasillo?

JULIA: Si tiene usted calma, en cuanto venga el psiquiatra me sera posible encerrarme con todos ellos en el despacho.

JUAN: ¿Tardará mucho?

JULIA: Pongamos un cuarto de hora. ¡Que vuelven! *(Juan busca donde dejar el cuerpo inanimado de Bermés. Julia le enseña el biombo.)* Ahí detrás!

JUAN: Es muy peligroso.

JULIA: No hay otro sitio.

JUAN: Si me descubren usted sera la primera que mate.

(Juan se oculta con Bermés detrás del biombo. Julia lo cubre de vistas convenientemente. Sale Lorenzo por la derecha y tras él Carlos. Julia tiene que fingir que arregla los muebles y empieza a correr y descorrer la butaca, la mesita, tropieza con la alfombra y por fin con una sonrisa se sienta en el sofá. Los dos hombres la han visto hacer. Lorenzo se rasca la cabeza.)

JULIA: ¿Qué? ¿Encontraron al cura?

CARLOS: Ni vivo ni muerto. Hemos mirado en el armario, debajo de la cama...

LORENZO: Pero la ventana estaba abierta.

CARLOS: Antes lo estaba también, y acabamos de cerrarla. Te hizo efecto el whisky.

LORENZO: No es el whisky, Carlos. El peor efecto que puede producirme el whisky es pagar las cuentas. Pero ver curas y besarles la mano...

CARLOS: *(Con paciencia.)* ¿Entonces, dónde está?

LORENZO: Se habrá ido.

CARLOS: ¿Para qué va a entrar un cura aquí si no lo hemos llamado? Y pon que hubiera entrado por casualidad... ¿Para qué se iba a ir por la ventana?

LORENZO: Pues..., pues...

CARLOS: No puedes contestarme porque no tiene lógica, porque no es normal y en la vida hasta lo más raro sucede normalmente.

JULIA; *(Benévola.)* Ven aquí, Lorenzo. Carlos tiene razón. Todo lo que dices no es normal. En cambio es perfectamente normal que el whisky y la sugestión te hayan hecho ver lo que no existe.

LORENZO: Bueno...

JULIA: ¡Anda, no te preocupes! *(En voz baja, sin que su marido se dé cuenta, casi en un susurro.)* ¿Tú sabes el número de la Policía?

LORENZO: ¿Qué?

JULIA: El número de la Policía, que si te lo sabes de memoria.

LORENZO: ¿Por qué?

CARLOS: ¿Qué estás cuchicheando?

JULIA: *(Rápida.)* Nada. Le he preguntado que si había estado en París y me ha dicho que sí.

CARLOS: ¿Y a qué viene preguntarle eso?

JULIA: *(De pronto.)* Es que ha dicho, de pronto: ¡Oh, la, la!

CARLOS: ¿Tu has dicho ¡Oh, la, la!?

LORENZO: No. Julia me ha preguntado...

JULIA: Ha dicho ¡Oh, la, la!..., te lo aseguro.

LORENZO: *(Desesperado.)* Julia ha..

JULIA: Si no tiene ninguna importancia, Yo te he dicho, no te preocupes, y tú has contestado: ¡Oh, la, la!

CARLOS: ¿Y por qué vas a negar que has dicho ¡Oh, la, la!? ¿qué de malo tiene eso?

LORENZO: *(Con un rugido casi.)* ¡No he dicho: ¡Oh, la, la!

CARLOS: Vamos, júrame que no lo has dicho.

LORENZO: *(Mira a Julia.)* Ah, ya sé, ustedes me han traído aquí para que los divierta. Han dicho: ¿Qué es preferible, ir al Green Houese o coger a éste de pendejo?

CARLOS: ¡Lorenzo!

LORENZO: Me tienes odio, eso es lo que pasa. Vives gastándome bromas todos los días. Pero se acabó.

CARLOS: Está bien. No fue como tu dices. Y se acabó.

LORENZO: *(Frenético.)* Pero si no es cierto que he visto al cura, que se derrumbe la casa ...que se caiga ese biombo. Lo he visto.

(Julia no lo piensa más. Corre y sostiene el biombo, que en realidad, ni se había movido.)

CARLOS: Sí, hijo, sí. Lo has visto. Anda, ayúdame a traer la mesa.

LORENZO: ¡Y no he dicho: ¡Oh, la, la! Si no que...

CARLOS: ¡Quiero comer! ¿Es mucho pedir? Escucha. Me importan un pito tus visiones. Tengo suficiente con mi mujer. A ella la aguanto por que se diferencia de tí en cosas muy agradables. ¡Qué! ¿Me ayudas o no?

LORENZO: Sí.

CARLOS: ¡Vamos! *(En la izquierda.)*

LORENZO: ¡Y le dí el sombrero!

CARLOS: ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Le diste el sombrero! ¡Bravo!

(Hacen mutis los dos por la izquierda. Julia corre hacia el biombo. Lo aparta a un lado.)

JULIA: Creo que tiene usted por lo menos cinco minutos. Aproveche ahora. Inténtelo.

JUAN: Si tuviera cinco minutos me bastaría. *(Se carga a Bermés a las espaldas.)* Saque usted a Elisa.

JULIA: Me da miedo.

JUAN: Obedezca. *(Julia aparta el sofá. Toma a Elisa, la arrastra hasta la puerta.)* Usted manténgase en el jardín, junto al garaje con ella. Yo meteré a éste en la ambulancia y volveré por Elsia. Luego no le queda más que alargarme la canasta y la bandeja por la ventana del dormitorio.

JULIA: De acuerdo.

(Juan abre la puerta. En el umbral y dispuesta a tocar el timbre hay una señora de mediana edad que sonríe, con una bandeja con arroz con dulce.)

ROSA: Buenas noches. Es que se me olvidó darle arroz con dulce.

(Juan no espera a más. Cierra la puerta. Y en ese momento empieza a entrar de espaldas Carlos llevando una mesa plegable que Lorenzo transporta por el otro lado, es decir, de frente y viendo lo que ocurre en escena.)

CARLOS: Y cuando se bebe, lo bueno es llenar el estómago. De acuerdo en que es preciso tomar algo caliente. Por eso he puesto a calentar los pollos. *(Juan corre con el cura a hombres y se esconde tras el biombo. Julia tira desesperada a Elisa y*

la mete debajo del sofa, cubriéndola como puede. Lorenzo, aterrado, contempla aquel ir y venir frenético. Suelta la mesa y se cubre los ojos.) ¿Qué te ocurre?

LORENZO: Nada, nada.

CARLOS: ¿Quieres coger la mesa?

LORENZO: Desde luego. *(Toma la mesa. Lllaman a la puerta. Dejan la mesa.)*

CARLOS: Debe ser el psiquiatra.

(Carlos abre la puerta. Doña Rosa, consternada en el umbral.)

ROSA: *(Con el mismo tono de antes.)* Buenas noches. Que se me olvidó darle arroz con dulce.

CARLOS: Es usted muy amable. No creo que nos haga falta. *(Se vuelve a Julia)* tenemos de todo. ¿No es cierto?

JULIA: Sí. Y nos sobra.

ROSA: Ya sabe que entre vecinos hay confianza.

CARLOS: Por supuesto. ¿Qué tal lo están pasando? ¿Bien?

ROSA: En familia.

CARLOS: ¡Vaya! Como nosotros..., en familia.

JULIA: Sí, somos muchos.

ROSA: *(De pronto.)* ¿Tienen ustedes un cura invitado a cenar?

CARLOS: No. ¿Por qué?

ROSA: No, es que me pareció ver uno. *(Mirando a Julia, que le sonríe.)* Feliz Navidad.

JULIA: Feliz Navidad.

CARLOS: Buenas noches. *(Carlos cierra la puerta. Feroz y amenazador.)* La primera persona que me hable de un cura se gana un puñetazo. ¿Que, también te has combinado con la vecina de al lado?

JULIA: No he dicho nada.

CARLOS: Está clarísimo. Cuando fuiste a pedirle el turrón le dijiste: "Venga usted dentro de un rato y pregunte si tenemos un cura invitado a cenar."

JULIA: Pero cómo voy a convencer...

CARLOS: Como convenciste a Clemente y a tu prima Isabel. Como convences a todo el mundo, porque les das pena. ¿Qué le has dicho sobre el cura?

JULIA: Carlos...

CARLOS: ¿Qué le has dicho sobre el cura? Necesito saberlo, porque no quiero que me coja a traición cualquier barbaridad que puedan preguntarme. ¡Vamos!

JULIA: Carlos, si me van a curar.

CARLOS: ¡Vamos! *(A Lorenzo, que está mirando por la derecha.)* ¿Se puede saber qué miras?

LORENZO: No, nada. Que he cerrado los ojos por un momento y no sé por dónde se ha ido.

CARLOS: ¿Quién?

LORENZO: No te lo digo.

CARLOS: ¿Quién?

LORENZO: No, que te va a sonar muy exótico.

CARLOS: De una vez. ¿Quién?

LORENZO: *(A gritos.)* ¡El cura!

CARLOS: ¡Ay, Dios! ¿Se han puesto todos de acuerdo? ¿No es eso? ¿Te daba tanta lástima de ella que le estás siguiendo el juego?

LORENZO: ¡El cura! Y lo llevaba en brazos un tipo alto en mangas de camisa. Y Julia estaba arrastrando a una mujer.

CARLOS: ¿Todo eso lo has visto tú?

LORENZO: Sí.

CARLOS: ¿Y qué opinas?

LORENZO: No sé. He cerrado los ojos, porque si sigo con ellos abiertos veo la guardia nacional desfilando. Julia... es cierto, ¿verdad? Al cura se lo llevaban en brazos y tu estabas arrastrando a una mujer.

JULIA: No.

LORENZO: Pero lo he visto.

JULIA: En lo absoluto. Estaba donde estoy ahora. Y no se qué mujer podía arrastrar.

CARLOS: Ignoro si estás padeciendo un ataque de delirium tremens, ignoro si te has puesto de acuerdo con ella, no sé si es que quieres hacerte el gracioso, lo único que te afirmo es que no tolero una broma más.

LORENZO: Pero yo te juro que...

CARLOS: Márchate y tengamos la noche en paz.

JULIA: Carlos, es Nochebuena.

CARLOS: Buenas noches.

LORENZO: Julia, dile...

CARLOS: Buenas noches.

LORENZO: Como quieras. (*Traspasa el umbral de la puerta.*) No tengo donde ir a pasar la Nochebuena.

CARLOS: Date una vuelta y medita si estás dispuesto a comportarte como un ser normal. Si lo estás, vuelves. (*Cierra la puerta.*)

JULIA: No has debido hacerlo. No va a volver.

CARLOS: Si no vuelve, dejaré de hablarle el resto de mi vida. Ya me conoces.

JULIO: Pero eres injusto.

CARLOS: Ya me conoces.

JULIA: Pero ustedes son amigos desde niños.

CARLOS: *(Disponiendo la mesa plegable junto al sofá.)* También Ugarte era amigo mío y ya sabes como lo mandé a freir espárragos. Y si tengo mal carácter no soy el culpable. ¿Quieres apartar un poco el biombo?

JULIA: ¿Eh?

CARLOS: Que corras el biombo, para que quepa la mesa.

JULIA: *(Nerviosa.)* Claro ... para que quepa la mesa ... ¿Y dónde lo pongo?

CARLOS: Llévatelo al dormitorio.

JULIA: Pero...

CARLOS: Llévatelo al dormitorio. Deja, lo hago yo.

JULIA: *(Muy nerviosa.)* No, si no pesa. *(En voz alta.)* Tengo que llevarme el biombo al dormitorio.

CARLOS: ¿A qué viene vocearlo como si anunciaras una pelea de boxeo?

JULIA: ¿Yo hice eso? Ay, no sé...

CARLOS: *(Comprobando que la mesa se tambalea.)* Pues anda. *(Julia toma el biombo con mucho cuidado. Lo empieza a trasladar desplegado. Juan se agacha y arrastra a Bermés en primer término, protegido por el biombo que estratégicamente lleva Julia. Carlos, que se disponía a calzar la mesa pone su atención en las maniobras de Julia y la contempla asombrado. Juan ha logrado evadirse por la derecha y Julia pliega el biombo dejándolo a un lado.)* ¡Ah! ¿Pero podía plegarse?

JULIA: Pues sí.

CARLOS: ¿Y por qué no lo has plegado ahí?

JULIA: Como me dijiste que lo llevara al dormitorio.

CARLOS: Te dije eso porque no creí que pudiera plegarse.

JULIA: Todos los biombos se pliegan.

CARLOS: El que hay en el comedor, no.

JULIA: Es cierto. Pero éste sí, ya ves.

(Llaman a la puerta. Carlos camina hacia ella.)

CARLOS: Yo nada más quería sitio para la mesa. Me da igual que lo pliegues ahí, que lo pliegues allá. *(En el umbral Lorenzo, con el sombrero del cura puesto en la cabeza.)*

LORENZO: Estaba en el jardín. *(Le muestra el sombrero)* Prueba inequívoca de que el cura sí existe, y.... *(Carlos le cierra las puertas en las narices.)*

JULIA: No, Carlos.

CARLOS: Sí, Carlos. Ese no es un amigo, es un traidor.

JULIA: Tengo la culpa yo.

CARLOS: ¿Tú?

JULIA: *(Pausa.)* Sí. Le pedí que me ayudara. El se negó al principio. Te aseguro que se negó. Toda la historia del cura está relacionada con Lorenzo y con la vecina. Me puse de acuerdo. Tenías tú razón.

CARLOS: ¿Y cuál es esa historia?

JULIA: ¿Lo dejas entrar si te la cuento?

CARLOS: Habla.

JULIA: Bueno. El cura no era tal cura. Compliqué a la vecina. El marido tenía la obligación de venir a amenazar al cura con una pistola, disputándose los dos mi amor. Luego tenía planeado que me vieras con él un instante y que echara a correr. La vecina y su marido estaban en completo acuerdo y logré que Lorenzo gritara: ¡El cura! E inventé todo eso que ha contado.

CARLOS: ¿Lo ves como cuando dices la verdad se nota?

JULIA: Claro.

CARLOS: ¿Te das cuenta de que todo lo que acabas de decir encaja perfectamente y es normal. Porque, en efecto, lo lógico es que a estas horas y en estas fechas no haya curas por la calle.

JULIA: Eso.

CARLOS: Y tu empeño en inventar historias fabulosa concuerda con todo lo que me has dicho.

JULIA: Sí.

CARLOS: Y Lorenzo te ayudó porque se ha hartado de decir que le dabas lástima.

JULIA: Sí.

CARLOS: ¡El engranaje! ¡Eso es lo que yo llamo el engranaje! Y seguramente a la vecina la convencerías con la historia de Dolores.

JULIA: No. Ahora es una tal Remedios, que tiene una tienda de aparatos eléctricos, que se la has puesto tú, y además ustedes dos se iban a marchar al Canadá.

CARLOS: Perfecto. Cuando las cosas suenan a lógicas se aceptan. Eso sí. Y cada vez que confieras una mentira te liberas de un enorme peso, adelantas en tu curación y no me pones en ridículo, porque sé a qué atenerme y conozco el terreno que piso.

JULIA: *(Mirándolo detenidamente.)* Cuando te oigo hablar así pienso si no estaré perdiendo el tiempo.

CARLOS: ¿Por qué?

JULIA: *(Rectifica.)* Si no estaré perdiendo el tiempo con mis manías. Podíamos ser muy felices.

CARLOS: Y lo seremos. *(Abre la puerta.)* ¡Lorenzo! ¡Eh, Lorenzo! ¡Vamos, ven aquí! Sí, hombre, sí. Ven. Si no vas a encontrar taxi. Venga, entra. *(Lorenzo aparece.)* Anda, entra. *(Lorenzo entra y Carlos le da un golpecito cariñoso en la espalda, y le dice.)* ¡Ay...! Buen corazón. *(Lorenzo lo mira atónito.)* Lo sé todo, pero no es necesario que lo vuelvas a hacer. *(Sonríe.)* ¡El cura..., el cura! ¡Buen cura estás tu hecho! ¿Quieres ver cómo van esos pollos, Julia?

JULIA: Como quieras.

(Julia hace señas a Lorenzo de que asienta, que espere. Se lleva los dedos a la boca y luego hace un ademán de que no hable, luego a los oídos de que no escuche. De nuevo que espere. Carlos está avivando los troncos de la chimenea. Lorenzo se pasa una mano por la frente, incapaz de entender nada.)

CARLOS: ¿No vas, Julia?

JULIA: Sí, sí. *(Y le hace un ademán a Lorenzo para que tenga ojo. Lorenzo asiente.)*

CARLOS: Te advierto que yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

LORENZO: ¿Ah, sí?

CARLOS: Sí... ya sabes. Las mujeres tienen su encanto. Es terrible verlas sufrir.

LORENZO: Y a los hombres que no se enteran de nada, también.

CARLOS: En estos casos es preferable tomar medidas rápidas. *(Va al teléfono y lo descuelga.)* Por ello... *(Al teléfono.)* ¿En? No, no ha sonado. Es que levantaba yo el auricular en ese instante. ¿Qué? ¡Hombre, cómo lo siento! *(A Lorenzo.)* Es Barrios. *(Al teléfono.)* El auto. Si yo no lo tuviera dañado. Entiendo, mañana es Navidad. Pasado. Como tú quieras. Pensé que si no tenías con quien pasar la Nochebuena, así aprovechabas y veías a Julia. Claro, claro. Te hablé algo de eso. Fantasías. Sí, con preferencias eróticas. Hace creer a todo el mundo que tiene amantes. *(Fastidiado.)* Sí, sí. Eso es. Deja pruebas en las butacas, inventa sin darse cuenta de la responsabilidad en que puede colocar a los demás. ¿Fabulosas? La última es que existía un amante disfrazado de cura, Sí. Muy nerviosa. Tartamudea. Hace cosas extrañas. Sí. *(A Lorenzo.)* Apunta.

LORENZO: ¿A dónde?

CARLOS: Un papel. ¡Vamos! *(Lorenzo toma un papel y un lápiz.)* Trilafón de ocho. ¿Así nada más? Tres al día. De acuerdo. Pasado mañana te la llevo. Pues, como tú me digas. No irritarme, que le siga la corriente. De buena forma, sonriendo. Procuraré. Sí, sí, no hace falta que me lo digas: ir desarticulando las mentiras por el exterior. Y siento que no vengas. *(A Lorenzo.)* Esto no me hace ninguna gracia, seguirle la corriente como si nada. *(Le toma el papel. Lo mira)* ¿De veras te tiembla de ese modo el pulso?

LORENZO: No, es la pluma.

CARLOS: *(Marcando el teléfono.)* Pero si no estoy enojado contigo. Ya te he dicho que te comprendo, Y es que tal vez yo hubiera hecho lo mismo si no se tratase de mi mujer. Total... ¿qué has hecho?

LORENZO: Eso. ¿Qué he hecho?

CARLOS: Decir "el cura". Yo también lo hubiera dicho. Lo importante es que no lo repitas. *(Al teléfono.)* Oiga, señora de Sandoval, el señor Poveda. Doña Rosa, ¿es usted? ¿Cómo estamos, vecina? ¿Quiere tomarse una copita con nosotros? Tengo que hablarle. Pues cuando quiera. ¿Ahora mismo? De acuerdo. La esperamos. Bueno. Pues tráiganos un platito de arroz con dulce. Muy agradecidos. *(Cuelga.)* Lorenzo, en el fondo te agradezco que hayas dicho lo del cura. Sí, señor. Ya ves. Cuando se me quita la irritación lo reconozco. Demuestra que le tienes afecto. Muchas gracias.

LORENZO: No hay de qué. *(Se dan la mano. Carlos hace mutis por la izquierda. Lorenzo toma su abrigo, se lo pone, se dispone a marcharse por su propia*

voluntad. Julia aparece por la izquierda, Le chista. Le indica con gestos que no se vaya. Le señala el sofá.) No aguanto una seña más, Julia. Ni una. Esto no es una cena. Es un partido de poker.

(Julia le pide que se calle, Corre a la izquierda, Mira,)

JULIA: Ven aquí. Cálmate. *(Lorenzo se acerca, después de quitarse el abrigo.)*
¿Cómo dejaron la ventana?

LORENZO: Cerrada.

JULIA: ¿Cómo está ahora?

LORENZO: Abierta.

JULIA: Eso significa que se ha llevado al cura.

LORENZO: Bueno, pues que lo pasen bien. *(Intenta marcharse.)*

JULIA: Significa que va a volver él solo.

LORENZO: ¿Quién?

JULIA: El ladrón.

LORENZO: Ya.

JULIA: Y necesito que me ayudes.

LORENZO: Te van a ayudar, Julia. El medico...

JULIA: No necesito ningún medico. Necesito un hombre.

JULIA: ¿No me crees tu tampoco?

LORENZO: No. Ni te lo creerá nadie.

JULIA: Está bien. Tú lo has querido. *(Le obliga a agacharse. Empuja el sofá un poco para que Lorenzo pueda ver lo que hay debajo).* ¿Qué dices ahora? *(Un silencio. Se agacha ella e incorpora a Lorenzo, que está sin conocimiento.)*

¡Lorenzo, por la Virgen! ¡Eres mi última esperanza! ¡Lorenzo, es cuestión de minutos! *(Corre el sofá, deja a Lorenzo encima.)* ¡Lorenzo, reacciona! ¿Quieres whisky?

(Va a servirle de la botella, cuando oye la voz de Carlos desde dentro.)

CARLOS: Julia, ayúdame un momento. ¡Julia!

JULIA: ¡Sí! *(A Lorenzo.)* ¡Despierta, Lorenzo! *(Lo abofetea.)* ¡Lorenzo, por Dios!

CARLOS: ¡Julia!

JULIA: ¡Sí!.

(Corre y desaparece por la izquierda. Pausa. Lorenzo gime y se lleva la mano a la cara adolorida. Sacude la cabeza. Abre unos ojos enormes. Piensa. Con lentitud tantea a un lado del sofá. Busca debajo. Saca de pronto un zapato de tacón, que observa. Tantea más y saca otro zapato. Lo deja encima de la mesa. Súbitamente se pone en pie muy rápidamente, abre la puerta del foro. Va a salir. Recuerda algo, vuelve apresuradamente, recoge la zambomba y se dispone a salir, cuando en la derecha está Juan apuntándole con una pistola.)

JUAN: Estese quiero. ¿La encontró, verdad?

LORENZO: *(Temeroso, enseñando la zambomba.)* Sí, señor. Aquí la tiene usted.

JUAN: Acérquese.

LORENZO: Si me hace algo se carga usted a una persona decente. Yo le ruego que por el bien de la patria...

JUAN: Acérquese.

LORENZO: Sí, señor.

(Juan lo toma por las solapas. Julia en la izquierda. Trae unos planos y unos vasos. Un mantel al brazo.)

JULIA: No le haga nada. Está de acuerdo con nosotros.

JUAN: ¿Este?

LORENZO: *(Tembloroso.)* Este. Sí. Lo que usted mande.

JUAN: ¿Cómo sé que puedo fiarme?

LORENZO: Míreme la cara.

JUAN: Los he visto más tontos y al final me traicionaron.

JULIA: El sabe como yo que si decimos algo, tarde o temprano los suyos acabarán con nosotros. Estése tranquilo. Compréndalo. No es mi marido. Mi marido lucharía con usted. Si salía vivo intentaría denunciarlos. Este no. Este no haría nada, Juan.

JUAN: *(A Lorenzo.)* ¿Lo ha comprendido?

LORENZO: Sí, don Juan.

JUAN: *(Dentro, un gemido seco.) ¡Ahhhh!*

JULIA: *(Solicita.)* Es el otro Lorenzo, el disfrazado de cura. Tranquilízate. *(A Juan.)* Me lo suponía.

JUAN: Ha sido realmente fácil y no me ha visto nadie. Tengo la ambulancia pegada a la cerca del callejón. Bastará con que andemos cuarenta metros y acercarme las joyas en cuanto haya metido a esa dentro de la ambulancia.

JULIA: ¡Cuidado..., mi marido!

JUAN: *(Por la pistola.)* Mírela bien.

LORENZO: Usted tranquilo, don Juan.

(Juan hace mutis por la derecha. Por la izquierda entra Carlos con unos cubiertos y un par de botellas de champán.)

CARLOS: El champán está helado. *(Julia ha puesto el mantel. Carlos deja las botellas encima de la mesa.)* Acerca más la mesa a la chimenea, Julia. Tengo buenas noticias para tí. Lorenzo, se me ... *(Lo encuentra con la zambomba en la mano.)* ¿Qué haces?

LORENZO: Cantando villancicos.

CARLOS: Pues no te oía. Qué villancico cantabas?

LORENZO: Ese de "Alegre vengo de la montaña."

(Hace sonar la zambomba débilmente.) Alegre vengo de la montaña...

CARLOS: Fíjate que en mi vida he visto una borrachera más imbecil que la tuya.

LORENZO: No es borrachera, Carlos. Son nervios. Que me afecta mucho el aire de navidad.

CARLOS: Pues en mi vida he visto unos nervios más estúpidos. Ayúdanos...

LORENZO: Desde luego.

CARLOS: Tal vez esté mejor la mesa así, atravesada. Julia, coge de ahí.

(Señala un extremo de la mesa. Julia obedece. Carlos gira noventa grados el sofá con lo que el cadáver de Elisa queda al descubierto. Lorenzo lanza un grito. Julia le ordena callarse con el gesto.)

LORENZO: *(Por disimular.)* ¡Ay...que bien vamos a cenar, junto a la chimeneíta!

(Carlos lo mira. Se encoge de hombros, pasa por encima del cadáver evitándolo como si fuera un perro dormido y sin darse cuenta de nada. Lorenzo corre el sofá noventa grados, y cubre de nuevo el cuerpo de Elisa. Pero Carlos ha tomado la mesa y cuando se dispone a ir para atrás tropieza con el sofá.)

CARLOS: ¿Qué pasa?

LORENZO: ¿Pasa algo?

CARLOS: ¿Por qué has traído para acá el sofá?

LORENZO: ¿Es que querías dejarlo allí?

CARLOS: Hasta que instale la mesa. Después lo acerco un poco y lo echo a este lado. Y ahí ponemos tres sillas.

LORENZO: Creí que habías tropezado con él y te lo habías llevado por delante.
Como eres tan fuerte.

CARLOS: No. *(Toma el sofá de una punta, lo hace girar noventa grados. Vuelve a pasar sobre el cuerpo de Elisa evitándolo con un acto reflejo.) Coge de ahí Julia. Despacito. Vete dándole la vuelta a la mesa. (Lorenzo, a una seña de Julia, empuja el cadaver debajo del sofá con grantrabajo y arrastrándose por el suelo. Por el giro que están dándole a la mesa es inevitable que Carlos vea a Lorenzo maniobrar.)*
¡Julia, de una vez, por favor! ¿Para qué lado quieres dar la vuelta?

JULIA: Para el que tu quieras, Carlos.

CARLOS: Para la derecha.

JULIA: *(Señalando.)* ¿La tuya o la mía?

CARLOS: ¡Carajo, Julia! *(Se recompone.)* Perdón... *(Imprime un movimiento enérgico a la mesa y la coloca convenientemente. Lorenzo se seca el sudor con un pañuelo, sentado en el divan.)* ¿Ves? Ahora se ponen tres sillas. A la derecha, a la izquierda y en el centro. *(A Lorenzo.)* ¿Dónde te gustaría estar?

LORENZO: En mi camita.

CARLOS: Digo a la mesa,

LORENZO: ¡Ah... donde tu quieras!

CARLOS: En el centro dejaremos a Julia. Levántate. *(Lorenzo obedece. Carlos gira el sofa noventa grados y lo corre hacia el centro de escena. Solo que la segunda parte la hace de espaldas, es decir, el brazo del sofá a su cintura cogido por las manos, y ello permite a Lorenzo tirar del cuerpo de Elisa mientras Carlos*

arrastra el sofá y arrastrar el cadáver. Luego comienza a empujarlo y meterlo debajo del sofá. Carlos, desatento a ellos, habla a Julia que está presa de una angustia enorme.) No viene Barrios. Me ha dado una receta para que la tomes mañana. Tres píldoras. Y me ha asegurado que en un mes estarás completamente curada. ¿No es cierto, Lorenzo? *(Busca a Lorenzo.)* Lorenzo ..., ¿dónde te has metido? ¡Lorenzo! *(Desde detrás del sofá suena la voz hueca y terrible de Lorenzo.)*

LORENZO: ¡Voy!

CARLOS: ¿Qué hacías ahí?

LORENZO: *(Se acaba de incorporar sudoroso.)* Atándome un zapato.

CARLOS: ¿Pero cómo puedes atarte nada si llevas zapatos mocasin?

LORENZO: Ya decía yo: No encuentro los cordones, no encuentro los cordones.

CARLOS: Ayuda a Julia, Y si te es posible, déjate de tonterías.

(Carlos hace mutis por la izquierda y Lorenzo se abalanza al sofá. Carlos vuelve a salir. Julia y Lorenzo se detienen.)

CARLOS: ¿Las copas de champán?

JULIA: Estaban ahí. *(Señala un mueble del salón.)* Yo me ocupo de ellas. *(Mutis Carlos por la izquierda. Juan aparece por la derecha.)* Dese prisa. Tenemos que aprovechar este momento. ¡Hágalo ya!

JUAN: Cójala usted.

LORENZO: Sí, don Juan.

JUAN: En cuanto la hayamos colocado, vuelvo por las joyas.

JULIA: ¡Rápido!

(Corren el sofá y Lorenzo se carga a hombros a Elisa. Corren a la puerta.)

JUAN: Yo iré delante. ¡Vamos!

(Abren la puerta y en el umbral con la mano extendida para tocar el timbre está Doña Rosa, con una botella de coquito. Lo que contempla es un hombre con una mujer a cuestas y otro con una pistola.)

ROSA: Buenas noches. Les traigo un poquito de coquito.

(Juan, aterrado, le cierra la puerta en las narices. Dudan un instante. Suena el timbre. Juan corre por la derecha.)

CARLOS: *(Desde adentro)* ¡Julia! *(Lorenzo está aterrado.)*

LORENZO: ¿Dónde la pongo?

JULIA: ¿Dónde la vas a poner? En su sitio. ¡De prisa!

(Lorenzo la coloca en el suelo y la cubre con el sofá. Carlos ha aparecido con unas servilletas y unos platos de fiambres.)

CARLOS: ¿Han llamado?

LORENZO: Sí, eso parece.

CARLOS: Bueno, pues abran.

JULIA: Sí. *(Julia abre la puerta. La vecina está en el umbral estupefacta.)*
Buenas noches.

ROSA: *(De pronto.)* Dígame. ¿Lo van a hacer otra vez?

JULIA: ¿El qué?

ROSA: Abrir. Cargarse a alguien a las espaldas y cerrarme la puerta en la cara.

JULIA: ¿Nosotros? ¿Que nosotros hemos hecho eso?

ROSA: No. Lo digo por traer a mi marido y los chicos a que lo vean.

CARLOS: *(Con una sonrisa benévola.)* Pase, pase. *(Picarón y confidencial.)* ¿Ya está en casa el de la pistola?

ROSA: Si, señor. Precisamente...

CARLOS: ¿No ha matado todavía al cura?

ROSA: Lo llevaba en hombros, pero ...

CARLOS: ¿Y qué espera para matarlo? ¡Eso se hace rápido! *(Le da un golpecito cariñoso.)* ¡Qué buen humor! *(Y toma una botella de champán, dejando a la vecina con los ojos abiertos. A Julia.)* Tráete lo que falta. *(Julia asiente y hace mutis por la izquierda.)* Deje el coquito ahí. Y muy agradecido. ¿Quiere aceptarme esta copa de champán.? *(Le ha servido una.)*

ROSA: *(Sonámbula.)* Muchas gracias. ¿Usted me ha llamado?

CARLOS: A su casa, sí, señora.

ROSA: Tenía que hablarme.

CARLOS: Y vamos a hablar... en mi despacho, si a usted no le molesta. Luego quiero que vea usted habitación por habitación.

ROSA: Las conozco.

CARLOS: De todos modos. *(Sonriendo.)* A lo mejor tengo escondida a Remedios. Ya sabe usted como son estas mujeres, Descaradas, sin la menor aprehension, con tal de pasar la Nochebuena con su hombre. Como dicen ellas, son capaces de esconderse debajo del sofá. *(Lorenzo se sirve una copa de champán y se la bebe muy rápidamente.)* Quiero advertirle que la nevera que poseo, y la lavadora, así como la cocina eléctrica, no las he traído de la tienda que le he comprador a Remedios,

ROSA: *(Sin entender)* Que bien...

CARLOS: En fin, no existe la tal Remedios, ni hay tienda de aparatos eléctricos... vamos. ¿Usted me cree capaz de irme al Canadá?

ROSA: No, no.

CARLOS: Ni me cree sonámbulo, claro.

ROSA: Pues...

CARLOS: ¿Tengo aspecto de sonámbulo, Lorenzo?

LORENZO: De los que andan por el alambre, ... no. Digo, los que andan dormidos...

CARLOS: Aclaradas las cosas, no tiene que venir su marido a esta casa. Y menos amenazar con una pistola al cura, disputándose los dos el amor de mi mujer.

ROSA: A usted como abogado le condenan a muerte todos los clientes..., ¿Verdad?

CARLOS: No, señora. Los suelo sacar absueltos. Quiero que quede claro cuanto le he dicho, y perdone que la entretenga en una noche como ésta, pero vamos a vivir muchos años juntos y es necesario que entre nosotros haya una confianza absoluta. Lo primero entenderse con el vecino. Y a su marido, que debe ser una excelente persona, le resultará más fácil entender a mi mujer si conoce ciertas particularidades de ella.

ROSA: ¿Qué quiere decir peculiaridades?

CARLOS: De eso es que voy a hablarle, si no tiene inconveniente. *(Le señala la izquierda en el momento en que sale Julia con una bandeja, tres pollos en ella, y un plato de gelatina y fiambre.)* Doña Rosa y yo vamos a charlar un instante, Julia..., el propio Barrios me ha recomendado que lo haga así.

JULIA: Sí, pero explícaselo todo hasta el final. No importa el tiempo. Si es preciso vuelvo a calentar los pollos.

CARLOS: Así me gusta. Eso significa que te vas curando. ¿Quiere seguirme, señora? Por favor. *(Hace mutis por la izquierda.)*

ROSA: Me parece que su marido está "picao". Esconda el licor.

JULIA: ¿Y quién se lo quita en esta fecha? Hágame un favor. Escúchele un rato. No es sólo el whisly, se lo aseguro. Ese Barrios que habla es un psiquiatra. Lo está tratando.

ROSA: ¡Ay, madre!

JULIA: No es peligroso en lo absoluto. Basta con darle la razón en todo. Y decir que sí como norma. Me contento con lo que soporte usted diez minutos. Yo misma entraré a relevarla. Se lo pido por favor.

ROSA: ¡Pobre hombre! Tan normal como parecía.

JULIA: Ya ve usted. Ande... se lo ruego.

ROSA: Pero no se aparte mucho. Esté pendiente.

JULIA: No se preocupe, me pegaré a la puerta. Muchas gracias.

(La empuja hasta hacerla salir por la izquierda.)

LORENZO: Ahora es el momento.

JULIA: Aguarda. Ven acá. *(Los dos muy juntos.)* He reflexionado y si ese hombre ha tenido que quitar de en medio a uno de sus cómplices porque huía, el falso sacerdote, ya sabes... es posible que... no tengas tantos individuos dispuestos a matarnos si le delatamos.

LORENZO: Pero...

JULIA: Ahora se llevará el cadaver, pero después habrá que darle más de un millón, que es lo que valen las joyas.

LORENZO: No se las des y nos mata.

JULIA: Pero hay unos minutos, entre que lleve a Elisa y vuelva por las joyas. Esos son los que vamos a aprovechar.

LORENZO: No.

JULIA: Obedece. Es una carrera contra el reloj. Pero la tengo cronometrada.

LORENZO: No me da la gana. a la izquierda.

JULIA: Hazlo y te prometo que nos salvamos. (Corre a la izquierda. Finge cerrar la puerta en ese instante.) ¡Juan! ¡Juan!

(Juan aparece por la derecha.)

JUAN: ¿Qué?

JULIA: Por fin hay tiempo de sobra. Mi marido se ha encerrado con la vecina en el despacho. Tenemos diez minutos. Tal vez más.

(Juan mira por la izquierda.)

JUAN: ¿Está segura?

JULIA : Completamente. Acabe de una vez y le aseguro que puede tener confianza aen nosotros.

JUAN: *(A Lorenzo.)* Sáquela de ahí.

JULIA: *(Deteniendo a Lorenzo.)* No. No podrá hacerlo.

JUAN: ¿Qué te pasa?

JULIA: Mírelo. Está deshecho. No puede con su alma.

JUAN: Que lo intente.

JULIA: Rodará con ella. Ahora tiene usted tiempo... puede tomarse el que quiera. Hágalo todo con calma. Nosotros le aguardamos.

JUAN: ¡Que lo intente!

JULIA: Inténtalo, Lorenzo. (*Lorenzo traga saliva. Se inclina. Saca a Elisa despacio.*) ¿Se da cuenta que estamos perdiendo el tiempo?

JUAN: Cállese. (*Lorenzo se seca el sudor. Apenas puede con Elisa.*) ¿Tanto miedo le da?

LORENZO: No. Si me he acostumbrado ya a ella. Es que estoy muy nervioso.

(*Juan le aparta. Toma a Elisa en brazos.*)

JUAN: ¡Atentos! Haré sonar el claxon de la ambulancia dos veces.

JULIA: Nosotros sacaremos la cesta y bandeja.

JUAN: Solo aguardo un minuto a que se abra esta puerta. Si en un minuto no ha abierto, entro aquí y acabo con ustedes. No intente ninguna jugarreta, porque me es lo mismo ir a la cárcel por dos que por cinco.

JULIA: Es muy lógico.

JUAN: Abra la puerta. Estoy harto de encontrarme gente detrás.

(*Julia abre la puerta .*)

JULIA: ¡Nadie!

JUAN: Un minuto. Y solo necesitaré dos para llegar hasta aquí.

(Julia asiente. Juan hace mutis por el foro. Julia cierra la puerta. A Lorenzo.)

JULIA: ¡Cierra el ventanal del dormitorio!

LORENZO: Romperá los cristales.

JULIA: Pero perderá tiempo y lo que necesito es tiempo. ¡Corre! Tráete el cesto y la bandeja. *(Lorenzo desaparece por la derecha. Julia corre el cerrojo de la puerta del foro. Lorenzo vuelve con la canasta y la bandeja.)* Hay que llamar a la Policía. ¡Dios mío!

LORENZO: ¿Qué?

JULIA: La guía de teléfonos está en el despacho.

LORENZO: Pregunta la información.

JULIA: Sí. *(Toma el aparato. Lo cuelga rápidamente)* ¡Jesús bendito! Está hablando Carlos desde el despacho.

LORENZO: El celular.

JULIA: No tiene batería.

LORENZO: ¿Con quién hablaba?

JULIA: Creo que con Barrios.

LORENZO: Yo me voy, Julia.

JULIA: *(Deteniéndolo.)* No.

LORENZO: ¡Grita ahora! ¡Dile a Barrios lo que ocurre!

JULIA: Nadie me creerá. Supondrán que es otra historia fabulosa que he inventado. *(Ha colgado.)* Si pudiéramos ganar tiempo. ¿Tú no sabes el número del Cuartel General?

LORENZO: No. Pero me sabía el de la Policía de Universidad de memoria.

(Se palpa con desesperación el smoking. Un chasquido en el teléfono.)

JULIA: *(Tomando el auricular.)* ¡Ha terminado! Dime el número.

LORENZO: Sí. *(Se pasa una mano por la frente.)* Dos. ¿Cuántos eran los apóstoles?

JULIA: ¿A qué viene ahora eso?

LORENZO: *(Temblando.)* Es que es así como me acuerdo. ¿Cuántos eran los apóstoles?

JULIA: Doce.

LORENZO: Doce al revés. Veintiuno. Dos-veintiuno... *(La bocina de un auto suena dos veces)* ¡La bocina!

JULIA: ¡Sigue!

LORENZO: Dos-veintiuno. ¿Cuándo empezó la guerra europea?

JULIA: En 1914.

LORENZO: Las dos últimas como se dicen: catorce. Dos-veintiuno catorce. ¿Cuándo es el descubrimiento de Puerto Rico?

JULIA : ¡No sé!

LORENZO: ¡Ay, madre! No sé seguir.

JULIA: Aguarda. 19 de noviembre de 1493.

LORENZO: ¿Y Barbosa?

JULIA: El 27 de julio.

LORENZO: Uno más dos, tres más uno, cuatro. Se le añade un uno. Cinco. Marca un cinco. Y la cifra siguiente como está. Uno dos. Dos, veintiuno, catorce, cincuenta y dos. ¡Exacto!

(Están golpeando en los cristales. Julia ha marcado en el teléfono.)

JULIA: Guardia Universitaria. Estoy amenazada de muerte por un ladrón. ¿Eh? Sí, sí. *(Cuelga.)*

LORENZO: Que es mentira, ¿no?

JULIA: *(Marcando.)* Que llame al 911.

LORENZO: *(Desesperado.)* ¿Qué?

JULIA: ¿911? Julia Masip de Poveda. Avenida Del Valle, 18. Estoy amenazada por un ladrón que ha prometido matarme si lo delato. Conduce una ambulancia que tiene a las puertas de mi casa. *(Ruido de cristales rotos.)* Está entrando. Si se ve cercado disparará contra mí. Sí. Le entretendé. Vienen. ¿En dos minutos? Son ustedes muy rápidos. Hagan lo que quieran pero no descubra que son de la policía. No les daría tiempo a intervenir. Me mataría antes.

(Cuelga rápidamente. Juan ha aparecido por la derecha. Tiene una pistola en la mano.)

JUAN: ¿Por qué no han abierto?

JULIA: No le hemos oído.

JUAN: Toqué la bocina dos veces y he golpeado los cristales del dormitorio.

JULIA: No hemos oído nada..., ¿Verdad, Lorenzo?

LORENZO: Nada.

(Juan lo coge de las solapas.)

JUAN: ¿Por qué tiembla usted?

LORENZO: De la misma alegría de verle.

JUAN: ¿Quién cerró la ventana?

LORENZO: Yo... la ví abierta y la cerré. Desde pequeño me ha dado por cerrar cosas. En mi casa mi madre me decía: Lorencito, cierra el armario, y yo lo cerraba y me pillaba los dedos.

JUAN: Sí, ¿eh? Pues ahora va a ser más difícil. Se viene usted conmigo. Invente lo que quiera, señora. Pero éste va a estar veinticuatro horas conmigo como rehén. Y si la Policía para la ambulancia por cualquier motive, usted despídase del mundo, amigo.

LORENZO: Oiga, yo soy un jibarito lleno de ilusiones.

JUAN: ¿Me ha entendido usted, señora?

JULIA: Sí.

LORENZO: No dejes que me lleve. Me va a tirar al mar.

JULIA: Quiero que se convenza que la Policía no se va a meter con él.

LORENZO: Pero, ¿por qué no te marchas tú y así ves mundo?

JULIA: Por la sencilla razón de que si me voy yo, Carlos denunciará el asunto a la Policía y si tú eres el rehén, siempre podrá tener tiempo de escapar.

JUAN: Me maravilla que coja eso.

JULIA: Yo te lo doy, Lorenzo. *(Le tiende la canasta.)*

LORENZO: Dile a Luisita que la quise mucho. Tira la casa por la ventana en el entierro.

JULIA: Vete...

(Le pone la bandeja en la cabeza y a todo intento le da un golpe en la bandeja, derribándosela de la cabeza. El contenido cae, esparciéndose por el suelo.)

JUAN: ¡Maldito imbecil! *(Lo zarandea. Julia aprovecha, de un puntapié arrebatada de la mano a Lorenzo la cesta, que cae esparciéndose su contenido por escena.)* ¿Pero qué hace? ¿Por qué se le cae todo?

LORENZO: Y si sigue zarandeándome se me va a caer la cabeza.

JULIA: ¡Por favor, Lorenzo! Ten más cuidado. Aprieta las manos.

JUAN: ¡Recoja eso! ¡Pronto!

LORENZO: Sí, Profesor. *(Se tira al suelo y empieza a recoger las cosas.)*

(Va amontonando objetos dentro de la canasta. Juan separa una sortija. Se la tiende a Julia.)

JUAN: Tenga. Y siento no poder regalarle otra cosa. Se ha portado usted muy bien. Olvide mi cara y viva tranquila. Su marido podrá comprarle muchas cosas. Este es un pequeño equilibrio social.

JULIA: Muchas gracias. *(Se pone de pie.)*

JUAN: ¡Adiós!

(El timbre suena. Una vez, dos.)

JULIA: ¿Qué hago?

JUAN: ¿Espera a alguien?

JULIA: No.

JUAN: Despache pronto a quien sea. Y no lo deje entrar.

JULIA: ¿Quién es?

VOZ: *(Desde dentro.)* ¿Señora de Poveda?

JULIA: Sí.

VOZ: Me llamó usted ayer. Le traigo el encargo que me ha pedido.

JUAN: ¿Qué encargo es?

JULIA: No recuerdo, estoy tan nerviosa.

JUAN: Pregunte.

JULIA: ¿Qué es?

VOZ: La cartera de noche para la fiesta, señora. Soy de la casa Loewe. Hemos tenido mucho trabajo y no queríamos que se quedara usted sin ella. Como me coge de camino se lo traigo ahora. Espero haber llegado a tiempo.

JULIA: ¡Ah, si, cierto!

JUAN: Despáchelo de prisa.

(Julia abre la puerta. Un hombre con gabardine en el umbral. Juan se ha ocultado tras la puerta.)

HOMBRE: Perdón, señora, me tendra que firmar aquí. *(Con un cuadernito en la mano y un lapiz.)* ¿Me permite? *(Entra cerrando la puerta tras de sí. Juan oculta la pistola tras su espalda.)* ¿Puedo escribir ahí? *(Señala la mesita.)*

JULIA: Sí.

(El hombre saluda con sencillez a los otros dos,)

HOMBRE: Buenas noches. Feliz Navidad.

LORENZO: Eso dicen.

(Julia ha mirado el escritorio y no puede reprimir un gesto de extrañeza. Luego escribe algo y firma. Devuelve el cuaderno al hombre que lee por encima lo escrito por Julia.)

HOMBRE: De acuerdo. *(Desenvuelve un paquete muy somero y le muestra un bolso.)*

JULIA: Gracias.

HOMBRE: No le molesta comprobar que todo está en orden. *(Abre el bolso, saca un espejo)* Espejo. *(Ahora una polvera con la que apunta a Juan)* Polvera. ¡Estate quieto! *(Juan se desconcierta)* Retírese usted ...¡usted, el del smoking! ¡Vamos, retírese! Tira la pistola. Junto a la ambulancia tienes una patrulla de la policía. No querrás un lío, ¿verdad? *(Juan tira la pistola. La cacha con habilidad.)* ¡Tranquilícense! ¡Vamos! No tiemble usted así, hombre ya ha pasado el peligro. ¡Qué nohecita! Parece como si todos los ladrones de Puerto Rico escogieran Nochebuena, Navidad y Reyes para cometer los robos. Este al menos va en mangas de camisa. ¡Y los que se disfrazan de cura!

LORENZO: *(Secándose el sudor.)* No me diga.

HOMBRE: O de policías armados. Y las que se visten de monjas y piden permiso para dar un recado por teléfono al convento. ¡Vamos, tanquílcese! Señora, ha estado usted muy serena.

LORENZO: ¿Cómo sabía que él era el ladrón? Podía haber sido yo.

HOMBRE: Me lo escribió la señora.

JULIA: *(Con el cuadernito en la mano.)* El puso: “¿Cuál de los dos es el ladrón?” Y yo le escribí: “El que está en mangas de camisa.”

HOMBRE: Devuélvame la cartera, si no le importa. Es de mi esposa.

JULIA: ¡Qué me va a importar!

HOMBRE: Será necesario que presente declaración. Y usted. Pero veré que se haga mañana. *(A Juan.)* Camina. Y sin armar ruido, ¿eh?

JUAN: *(A Julia.)* No sera la última vez que nos veamos.

HOMBRE: No le haga caso. Todos dicen lo mismo. Usted ya puede estar tranquila.

(En ese instante aparece Carlos por la izquierda. Contempla la escena.)

CARLOS: Pero Julia... pero Julia, por la Virgen. Ya está bien de historias. Que tenemos la vecina en la casa. ¡Vamos, Julia, por Dios! *(Y sin dejar hablar a nadie le quita la pistola al policía.)* No jueguen más... ¡Es suficiente por hoy!

(Juan aprovecha la ocasion. Aparta a Lorenzo de un manotazo. Hace mutis por la derecha.)

HOMBRE: *(Recobrando la pistola.)* ¿Quién es ese morón.?

JULIA: Mi marido.

HOMBRE: Pues lo siento por usted, señora.

(Corre por la derecha y desaparece. Julia entreabre la puerta.)

JULIA: ¡Ven aquí! ¡Lorenzo! Mira, *(Lorenzo ha corrido junto a ella)* Quiere saltar la tapia.

(Carlos, cansado de bromas, sonríe benevolamente.)

LORENZO: Le atajan.

JULIA: Vuelve. Ahí está el policía de la gabardina.

LORENZO: ¡Cogido!

JULIA: *(Con gran suspiro.)* ¡Sí!

LORENZO: Salió bien tu plan, me le llevado un golpetazo, pero salió bien.
¡Felicidades! Tienes mucho valor.

JULIA: Gracias, Lorenzo.

CARLOS: Cuando termines esta falsa repulsiva ... yo mismo, ahí debajo. (Señala el sofá.)

JULIA: *(Con decision.)* ¡Cállate, Lorenzo!

LORENZO: Pero es que...

JULIA: *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Cállate! *(Muy obsequiosa.)* Sí, Carlos. Te escucho. Yo siempre te oigo, Carlos.

CARLOS: Doña Rosa quiere hablar contigo dos palabras. Le he explicado todo como tú querías. De arriba abajo. Y está conforme y me ha dado la razón en todo. Discúlpate ante ella como un ser normal y luego con toda tranquilidad me cuentas quiénes son estos dos que has escogido para la escena de la pistola. Y tú, Lorenzo, me explicas por qué has caído otra vez en la tentación de ayudarla. Y si es posible, no montes más mentiras en lo que queda de noche. *(Se vuelve. Toma fruta escarchada y mastica con toda tranquilidad.)*

LORENZO: *(A Julia.)* ¿Son ideas mías o es un morón?

JULIA: Es imbecil, Lorenzo, y está más loco que yo. Porque entre la imaginación y la verdad miope, digas lo que digas, vea lo que vea, se negará a admitir lo que no sea razonable y lógico. ¡Buen camino para llegar a ministro! Pero nada más. *(A Carlos.)* Vuelvo enseguida, cariño.

CARLOS: Te esperamos.

(Julia hace mutis por la izquierda. Lorenzo se ha dejado caer en el sofá, secándose el sudor con un pañuelo. Carlos ha cogido del suelo la pistola. Sonríe.)

CARLOS: ¡Qué bárbara!

(Encuentra sobre la mesita los zapatos de Elisa que dejó allí Lorenzo, como recordamos.)

CARLOS: ¡Dios mío! Un par de zapatos y manchados de sangre. ¿Qué inventará sobre ellos? ¿Qué se le ocurrirá decir?

(Ha sonado el timbre de la puerta. Carlos va hacia ella.)

LORENZO: A lo mejor que han matado a la criada y la han metido debajo del sofá.

CARLOS: Eso sería muy vulgar. Algo más grande.

(Abre la puerta. Dos monjitas de rostro pícaro y ojos vivaces en el umbral.)

MONJITAS: Usted perdone, caballero. Es que se nos ha hecho tarde y necesitamos avisar al convento para que no se inquieten. ¿Nos permitiría llamar por teléfono?

CARLOS: Naturalmente, madre. Pasen, pasen, pasen.

(Lorenzo mira con los ojos fuera de órbita a las dos monjas, que avanzan sonrientes y mansas. Carlos ha cerrado la puerta. Cae rápidamente el Telón.)

FIN